

ARÓSTEGUI, Julio: *Largo Caballero. El tesón y la quimera*, Debate, Barcelona, 2013, 966 pp.

Julio Aróstegui falleció inesperadamente en Madrid, a finales de enero de 2013, unos días después de salir a la calle este libro. No tuvo tiempo de hacer su presentación. En los medios interesados su obra se esperaba con expectación. Llevaba trabajando en ella unos diez años, si bien no siempre de forma continuada. Ya en 1990 había escrito un bosquejo de la última etapa de Largo Caballero en el exilio. Había examinado después el trasfondo político de la guerra civil y encarado los problemas epistemológicos y operativos de la recuperación de la memoria histórica, como director de una cátedra ad hoc creada en la Universidad Complutense. Mantuvo esta orientación en un amplio conjunto de publicaciones, a veces como director o incitador, sobre el carácter estructural de la represión franquista. Siempre continuó trabajando sobre Largo Caballero.

Gracias al apoyo de la Fundación del mismo nombre y a los ricos fondos sobre la izquierda española, localizados en casi una decena de archivos, merced a un estudio en profundidad de las obras completas de su biografiado, hoy afortunadamente publicadas en su totalidad tras el denodado esfuerzo del equipo archivístico de la Fundación Pablo Iglesias, encabezado por Aurelio Martín Nájera, y en base a un análisis detallado de la literatura primaria y secundaria existente (la bibliografía llega casi a los 550 títulos), Aróstegui culminó con el libro ahora reseñado una actividad científica que, en mi opinión, le había situado en la primera fila de los contemporaneistas españoles.

La obra rellena una laguna largo tiempo existente en la historiografía. A pesar de la significación del movimiento socialista en España, las biografías sobre uno de sus más destacados líderes —si no el más destacado tras el fundador, Pablo Iglesias— eran escasísimas. Largo Caballero ha tenido, en esta perspectiva, mucha peor suerte que otros dirigentes, aunque no tan sobresalientes como él. Baste comparar los títulos que aparecen en la bibliografía referidos a Prieto. Sin hablar de los dedicados a Azaña o incluso a Nin.

La figura de Largo Caballero forma parte integrante, eso sí, del relato que contienen innumerables obras sobre la evolución política y social de España hasta el final de la guerra civil. A veces sin profundidad y con frecuencia conectado a las más crudas caracterizaciones, particularmente por parte de autores conservadores, franquistas y neofranquistas. Desde el punto de vista del biógrafo, Aróstegui subraya en sentido contrario esencialmente las aportaciones de la malograda Marta Bizcarrondo, de Paul Preston y de Juan Francisco Fuentes, que le dedicó una primera biografía de talante académico.

Tal carencia ha sido y es sorprendente. Además de, en buena medida, inexplicable. En razón de sus cargos tanto en el seno del movimiento obrero (entre ellos vicesorero del PSOE y de la UGT, secretario general de esta última y presidente del PSOE y de la UGT) como fuera de él (ministro de Trabajo y primer dirigente de extracción puramente proletaria llegado a la presidencia del Gobierno), así como por el tiempo en que le tocó desempeñarlos (erosión de la Restauración, dictadura primorriverista, República y guerra civil), Largo Caballero siempre mereció una biografía de gran porte. Aróstegui sintió siempre esa necesidad. Apostó por cubrirla y acertó plenamente. Es más, algunos dirían que incluso se ha pasado.

Con todo, el manuscrito original, que tuve oportunidad de leer hace un par de años, hubiese dado para un libro de 1.400 páginas. Es obvio que tal extensión resultaba impublicable. Los cortes fueron dolorosos. Aun así, la versión final llega casi al millar.

La explicación de esta todavía poco frecuente extensión deriva del enfoque analítico elegido por el autor. Aróstegui se propuso insertar la evolución personal, profesional, intelectual y política del biografiado en el marco general de las tácticas y estrategias del movimiento obrero en las distintas épocas históricas por las que ambos atravesaron. Tampoco se excluye, lógicamente, el período comprendido entre 1939 hasta su fallecimiento en marzo de 1946, cuando Largo Caballero ya no desempeñaba ningún cargo político o sindical.

Tal enfoque no implica escribir una historia del movimiento obrero, ni siquiera desde la óptica socialista. Implica, por el contrario, un estudio cuidadoso, puntilloso y minucioso para identificar las aportaciones efectuadas por Largo Caballero con el fin de reflejar, seguir y, en lo posible, modelar la acción del movimiento socialista de cara a las diversas circunstancias por las que atravesó. Estas fueron tanto de normalidad institucional como de excepción, en la dictadura primorriverista y sobre todo en la guerra civil. Largo Caballero se situó, recuerda

Aróstegui, en una perspectiva precisa: «la clase, la acción de clase como absoluta y exclusiva (...) [fue] el motor primordial, el basamento de todas sus decisiones, creencias y (...) quimeras» (p. 55). En su caso, como en el de tantos otros, «la socialización como integrante de una clase tomó forma en el molde de las ideas marxistas, fuera cual fuese su conocimiento directo y real de ellas» (p. 56). La alternativa, poco operativa, fue siempre el anarcosindicalismo.

Aróstegui, a diferencia de tantos autores, generalmente aficionados, nunca lee la historia hacia adelante. El marxismo, ya antes de su reconceptualización leninista, fue el motor que impulsó al sector más significativo en el incipiente movimiento obrero. No solo en España. También en Francia, Austria, Alemania, Bélgica u Holanda, por no mencionar sino los países de los que los socialistas españoles tomaron técnicas e ideas. Largo Caballero, de escasa instrucción escolar y autodidacta, que empezó a escribir sus primeros artículos cuando ya había cumplido los cuarenta años, fue el más vivo ejemplo de la superación en base al propio esfuerzo y al acompasamiento entre acción y reflexión que forjaría en la lucha diaria. Nunca fue un intelectual a lo Besteiro o de los Ríos pero en su actividad frenética no dejó de identificar planteamientos que conectaban con las discusiones teóricas sobre estrategia y táctica en boga. Son intemporales. ¿Hasta qué punto era válido el reformismo?, ¿cómo cooperar con los partidos burgueses?, ¿cuál era el precio de la participación gubernamental?, ¿qué horizonte debía guiar la acción socialista?, ¿cuáles eran los medios más adecuados para acercarse a él?, ¿cómo relacionarse con los comunistas?, ¿cómo distinguirse de ellos?, ¿cómo avanzar en la unidad de la izquierda?

Largo Caballero identificó respuestas que guiaron su comportamiento ulterior, generalmente en una dirección correcta pero a veces con estrepitosas equivocaciones.

En modo alguno estamos, pues, ante una hagiografía, algo que a un historiador de la talla de Aróstegui jamás se le hubiera ocurrido realizar. El autor pone, incluso, especial empeño en destacar cómo los rasgos de carácter y de personalidad del biografiado le llevaron a decisiones no acertadas y cómo una clara incapacidad de autocrítica evitó cualquier reflejo de tal índole en sus obras memorialísticas, en especial sus *Notas históricas de la guerra de España* y sus *Cartas a un amigo* (en la versión conocida pero que muy verosímelmente fue manipulada por uno de sus allegados, Enrique de Francisco, algo que numerosos autores prefieren ignorar hasta en la actualidad más reciente).

En contrapeso, y como *en passant*, Aróstegui no deja de pasar unas cuantas tarjetas de visita, en tono académicamente irreprochable, a autores tales como Burnett Bolloten o Stanley G. Payne, autoproclamados analistas de la «revolución» española. Respecto al primero en relación con su curiosa hipótesis del «camuflaje» comunista, en realidad una idea debida a la fértil mente de Josep Pla. En cuanto al segundo en su emperramiento de presentar la insurrección de octubre como la mejor preparada en el período de entreguerras.

Entre aquellos rasgos caracteriales destacan (p. 744) «la tremenda capacidad para imponer su autoridad, la adustez de su gesto cuando se trataba de cuestiones políticas, su constancia en no olvidar agravio alguno, la creencia de que tenía «un papel mesiánico», el rencor contra sus enemigos (...) y su falta de cualquier contención para pasar por encima de amigos, aun entrañables, si creía poseer la razón». Largo Caballero fue un modelo de dirigente obrero que «aprendió mucho más de sus experiencias que de los textos (...) cuya actividad y ascenso (...) se explican mejor por su valía para la organización, su dedicación constante y su cerrado sentido de la misión obrera» (p. 62). Fue «un iluminado de la potencia del estricto interés de clase como palanca de transformación, tal vez en mayor medida aún que Pablo Iglesias» (p. 78). «El reformismo reivindicativo sería la táctica común y cotidiana del movimiento obrero; la transformación revolucionaria era un horizonte, no más» (pp. 162s).

Identificar la aportación precisa de un personaje a la hora de abordar situaciones sumamente críticas es uno de los criterios sustantivos por el cual, en mi entender, ha de medirse la calidad de una biografía.

Aróstegui no evita ninguna. Ya se trate de la huelga de 1917, del papel del socialismo en la dictadura primorriverista y de la aceptación por Largo Caballero del puesto de consejero de Estado, del desgajamiento socialista de cara a las elecciones de 1933 con respecto a la izquierda burguesa republicana, de la evolución hacia la insurrección de octubre de 1934, de su radicalización ulterior, de su conexión/rivalidad con el PCE, de su papel como ministro de la Guerra y presidente del Gobierno de septiembre de 1936 a mayo de 1937, del penoso cisma subsiguiente de la UGT y, en general, de sus malas relaciones con los comunistas, súbitamente convertidos en puntal de la defensa de la República, el biógrafo sigue con extremo detalle y gran agudeza la evolución de las situaciones y, a su socaire, la del pensamiento y la acción de su biografiado.

Innecesario es decir que lo que cuenta es la distinción entre ambos y la expresión oral, utilizada tácticamente para no cortarse del *mainstream* del movimiento socialista. No fue este el que preparó la sublevación contra la República sino sus adversarios naturales, un sector del ejército acompañado por los monárquicos, los carlistas y la derecha más montaraz.

Es obvio que una gran parte del análisis recae sobre la actuación intra-muros, es decir, sobre el papel de Largo Caballero en el origen de la adopción de decisiones para definir la postura del movimiento socialista (tanto en el seno del partido como de la UGT) y su evolución. Merced a un exhaustivo análisis de la evidencia primaria relevante de época, tanto la publicada como la no publicada, los resultados a los que llega Aróstegui son una aportación fundamental para evaluar el comportamiento de un sector muy significativo del movimiento obrero, en particular en la génesis de las discrepancias que marcaron la política socialista desde 1933 (pero que en parte remontan a 1929) y que tuvieron un peculiar y destructivo impacto en la conducción de la guerra.

Nunca pinta Aróstegui a su biografiado en blanco o negro. Lo hace siempre en tonos grises, los únicos adecuados para describir situaciones de complejidad casi inimaginable. En ellas chocaron motivaciones ideológicas, estratégicas, tácticas y de poder. Este tipo de análisis se revela extraordinariamente fructífero en la combinación de enfoques macro y micro para aclarar tres cuestiones que han dado origen a una literatura casi inabarcable: la radicalización, la confrontación con Prieto de 1935 a 1937 y la definición de una política de guerra de la que Largo Caballero nunca excluyó a los anarco-sindicalistas.

El subtítulo de la biografía responde a la tensión que Aróstegui divisa en toda la actuación de Largo Caballero. Por un lado, el *tesón*. Es decir, la mejora a través del intervencionismo del Estado, debidamente estimulado por la participación en la responsabilidad gubernamental cuando fue preciso, de la condición económica, política y social de la clase obrera; la rocosa insistencia en asegurar las mejores posiciones para que pudiera convertirse en el sujeto emancipador de la misma; la debelación constante de las trabas heredadas y de las posiciones renuentes a todo cambio sustancial en cuanto a privilegios y situaciones consolidadas. Por otro lado, la *quimera*: la creencia en que la destrucción de las modestas reformas (en la comparación internacional) emprendidas por la conjunción republicano-socialista en el primer bienio, junto a la amenaza del fascismo, ponía en peligro mortal la evolución hacia una República social (a veces denominada socialista).

Esta quimera le llevó a acompañar la radicalización de las bases socialistas, extremadamente temerosas de la intensidad y calado de las contrarreformas, y a la par la intensificó, tras la asunción del poder por los gobiernos radical-cedistas. ¿Por qué? A causa de la creencia de que (p. 78) «en la España del conflicto y la crisis crucial de los años treinta del siglo xx la acción transformadora del proletariado podía llevar, con sus propias y únicas fuerzas, a una nueva sociedad, a operar un cambio histórico decisivo».

Con todo, Largo Caballero había partido de una postura sobre la participación socialista en el movimiento republicano que «resulta, seguramente, [la] más decidida, enérgica y pragmática. La que tenía, en principio, unos horizontes más amplios» (p. 255). Y, en tal perspectiva, procuró instalar desde su puesto de ministro de Trabajo «las relaciones laborales como un sistema de responsabilidad exclusiva del Estado» (p. 267), «a salvo de las vicisitudes de la lucha política normalizada y cotidiana (...). Con nuestro lenguaje de hoy, podríamos decir que Caballero pretendió establecer un «Estado social» » (p. 296), algo totalmente novedoso aunque en vías de implantación en diversos países europeos occidentales. «La resistencia de la patronal y, en definitiva, de las clases tradicionales poseedoras de la riqueza constituyó el obstáculo fundamental, y a la postre definitivo, para que Caballero acabase considerando que su resultado no podía entenderse sino como un fracaso» (p. 298).

La historiografía conservadora, cuando no pro-franquista, suele presentar la radicalización de Largo Caballero como muestra de una pretendida «Repú-

blica excluyente». A dilucidar este tema Aróstegui dedica el capítulo más largo de su obra (casi 170 páginas), muy por encima de cada uno de los dos que dedica a la guerra civil. Afirmar, como han hecho tantos aficionados, que Largo Caballero llevaba la «revolución» en la cabeza o que siguen caracterizándolo sin más como el tan celebrado «Lenin español» (calificativo que verosímelmente empezó a aplicarle la prensa de derechas de la época) no es sino una más de las numerosas distorsiones que se han cebado sobre su figura. Sin embargo, «el programa social y político de mayor contenido transformador y más verdaderamente revolucionario que saliera nunca de una pluma socialista no lo redactó, paradójicamente, «el hombre de la revolución», Largo Caballero, sino el socialdemócrata Indalecio Prieto» (p. 347), algo que todavía hoy oculta una gran parte de la literatura sobre Prieto.

En realidad una de las líneas interpretativas más sobresalientes del libro estriba en identificar a Largo Caballero como el seguidor más próximo y más fiel del pablismo. Al tiempo se subraya el carácter esencialmente teórico y, si se me permite el término, ahistórico de los postulados besteiristas.

La ruptura con Prieto respondió, en gran medida, a una ruptura del movimiento socialista. Se intensificó durante la contienda. El dilema subyacente lo refleja Aróstegui en estas palabras (p. 665): «Mientras que un sector del socialismo entendió que la guerra civil solo podría ganarse aceptando las más que evidentes realidades que aquella puso de relieve, en primer lugar la de que la única ayuda internacional eficiente era la de la Unión Soviética, cuyo precio era el ascenso del Partido Comunista (...), otro sector quiso garantizar la continuidad de la preeminencia del socialismo (...). La guerra la perdieron ambas visiones. Esta última antes, y la otra después. Juan Negrín tuvo otro destino: fue el hombre que mejor captó la verdadera «estructura de la situación» que la guerra fue generando. Y el que actuó, en fin, con mayor sentido de la responsabilidad y del Estado».

Esto es solo un botón de muestra. El lector podrá encontrar auténticas joyas tanto sobre Largo Caballero y las divisiones socialistas como sobre la República en guerra, en la derrota y en el exilio. El reaceramiento de posiciones, posterior a 1945, sobre la estrategia más deseable para erosionar la dictadura franquista que se produjo finalmente entre Largo Caballero y Prieto es una de ellas. Se ha acentuado quizá demasiado el papel del PCE en la lenta adopción de una estrategia lo suficientemente eficiente. La impulsada por los dos dirigentes socialistas ha quedado relegada. La defección monárquica la condenó al fracaso pero para el historiador no es en modo alguno desdéniable. Una parte de ella renació con fuerza en la preparación de la transición, llevada a la práctica por otros hombres y por otras generaciones.

Al término de la lectura de esta biografía me he visto obligado a revisar muchos de mis puntos de vista. Esto no significa que comulgue acriticamente con todos los de Aróstegui pero sería inelegante destacarlos aquí. El conocimiento avanza en la contrastación intersubjetiva de pareceres. Lo dramático es que Arós-

tegui ya no esté con nosotros, para seguir disfrutando de su magisterio y seguir enriqueciendo el acervo historiográfico en la discusión entre historiadores libres.

Aróstegui tenía pensado aprovechar las cuatrocientas páginas que hubo de recortar de su manuscrito original. Con ellas albergaba la intención de lanzarse a una nueva aventura y poner patas arriba muchos de los alegatos que aún pululan sobre una República profundamente desfigurada en la historiografía conservadora y neo-franquista. Como ocurre con los grandes historiadores, su antorcha la ha pasado a la nueva generación. Sin duda esta continuará en la fecunda vía que él abrió.

Ángel Viñas

AZCONA, José Manuel: *El dogma nacionalista vasco y su difusión en América (1890-1960). Un paradigma de paradiplomacia*, Trea, Gijón, 2013.

La cuestión de América y la presencia de vascos en sus diferentes repúblicas a lo largo de la historia de los dos últimos siglos constituye un tema de estudio tratado en ya en el presente desde las diversas ópticas epistemológicas: la demografía, la antropología, la historia, la sociología, la política o la cultura, por citar solo alguno de los ámbitos de análisis han llevado a cabo búsquedas y establecido estados de la cuestión muy completos. Cabe sugerir que parte del interés de esta cuestión a la hora de ser investigada radica seguramente en el hecho de que las relaciones del continente americano con el País Vasco se han desarrollado de una manera muy especial e intensa en el contexto de la historia moderna y reciente, si las comparamos con las que han tenido otras áreas del Estado español con los territorios ultramarinos a lo largo de estas épocas. Se ha llegado a sugerir algo tan poco científico como que el interés mutuo surge de un modo *natural*, o que su identidad es *afectiva*.

Mención hecha a parte de este tipo de lugares comunes, lo cierto es que un tipo de relación tan densa y diversa, como es la que vincula País Vasco y América en los últimos siglos, no ha gozado hasta tiempos recientes de la atención que merece en el escenario de la divulgación científica. En parte, el libro que aquí se reseña, obra del profesor José Manuel Azcona, cumple el propósito de abrir al lector especialista, pero también al interesado o curioso, una particularidad muy especial de la temática referida, esto es, el modo en que el nacionalismo vasco se despliega por los países de América durante la primera mitad del siglo xx.

Si la atención de los capítulos que componen esta obra se pone sobre las décadas que van de 1890 a 1960, no es menos cierto que todas sus páginas están recorridas de un interés por comprender el nacionalismo vasco como un proceso —que no como un problema—, un proceso de largo, espinoso y metódico reco-

rrido, dándose por cierto en el discurso del historiador que los anclajes del nacionalismo vasco con la historia española son más antiguos y profundos que lo que el tramo cronológico del título pudiera sugerir.

La deriva internacional del proceso histórico peninsular durante las siete décadas que van de finales del siglo XIX a mediados del XX, conduce al historiador hacia un marco realmente complejo, aunque en ningún momento confuso; pues a cada momento del proceso que se narra se cruzan los intereses particulares, en el tiempo y el espacio (coyunturas y estructuras históricas), de los países y comunidades de referencia con las que el nacionalismo vasco entra en contacto en su peculiar recorrido por la historia contemporánea de América. Aquí la elección del agente que marca el punto de contacto no es un tema baladí, y es decisión plena del autor en cada caso. Los hitos de aquí (de España en Europa y del País Vasco en España y en Europa), y los hitos de allí (en las diferentes Repúblicas americanas, en su discurrir interno y externo) durante las décadas de alejamiento del Estado español, tras la pérdida de las últimas colonias del Caribe y Pacífico) se funden en la narración, a propósito de los hombres y de sus ideas, del sentimiento identitario y de su formulación social y política en cada coyuntura.

Aunque no sea objeto de este libro, entre sus hallazgos más notables a mi juicio está sin duda alguna la identificación de ciertas formas de interculturalidad contemporánea, que provienen del contacto entre dos mundos, que son el de la migración y el exilio vasco y el de las comunidades de acogida (previamente alimentadas de otras migraciones y exilios, incluso vascos) en sus peculiaridades antropológicas, sociales y coyunturales fundamentalmente.

El texto está narrado de una forma concisa y directa —muy al estilo del profesor Azcona— sin que en él sobre —por retórica vacua— ninguna de sus 175 páginas. En la estructura de contenidos del libro, cabe señalar su desarrollo en una clave propiamente histórica, desde los antecedentes del nacionalismo vasco en el siglo XVIII hasta los acontecimientos relacionados con la presencia de los vascos en los acontecimientos internacionales vinculados con la Segunda Guerra Mundial. Por el camino, merece destacarse la atención en sus páginas a las condiciones de la diáspora vasca en el tránsito entre los siglos XIX y XX, sus propuestas políticas y la intrusión del nacionalismo en los centros vascos en América. También, son muy destacables las narraciones del amargo camino hacia el exilio de las comunidades de vascos al hilo de la guerra civil en España, así como la creación de una red vasca en América Latina cuyas actividades políticas y de espionaje son contadas en el libro con el mencionado estilo breve y efectivo.

No es menos importante abundar en los aspectos formales del libro, con respecto a los cuales es importante señalar que, en tiempos de más que sabida penuria económica, que afecta sin duda y mucho a los proyectos editoriales, esta monografía se presenta con una calidad editorial excelente: muy cuidada la edición, que se ha permitido incluso incluir material gráfico, testimonio visual de la actividad del vasquismo fuera de España y que ayuda aún más a comprender el ca-



lado de los contenidos del texto. A destacar, la fotografía de varios miembros y colaboradores del Gobierno Vasco —Antón de Irala, Telesforo de Monzón, Santiago Aznar, Manuel de la Sota, Ramón María Aldasoro, Gonzalo Nárdiz y, por supuesto José Antonio de Aguirre— reunido en Nueva York en 1945, la fotografía de Antón de Irala, que fuera primer delegado vasco en Estados Unidos, durante su visita al oeste del país en 1938 o finalmente, las varias imágenes de grupo, de refugiados vascos de la Guerra Civil en países extranjeros.

Libro perfectamente anotado en sus referencias bibliográficas (si bien carece de un cuerpo de bibliografía al final del texto, en absoluto imprescindible pero siempre de utilidad) y documentales, aporta además el acceso a fuentes periodísticas y de opinión, fundamentales para lo que en ocasiones es un acercamiento a la historia del nacionalismo ideológico vasco en el exterior (véase por ejemplo la publicación de *Euzkotarra*, en México en la primera década del siglo xx). Esta última valoración es posiblemente prescindible, pues no podía esperarse otra cosa del trabajo del profesor Azcona, cuya trayectoria académica es intensa y muy conocida por lo que hace a su interés hacia los temas relacionados con la identidad vasca en el exterior de España, especialmente en América Latina. No en vano dirige el Grupo de Investigación de la URJC que estudia los procesos migratorios de España hacia América Latina.

Fiel a la manera característica de hacer las cosas en la profesión, en el trabajo de Azcona se manifiesta respeto académico a los lectores. Con este nuevo título que aquí se presenta, sobre la difusión del dogma nacionalista vasco en América durante la primera mitad del siglo xx, el profesor Azcona perfila aún más su aportación al conocimiento de los avatares peninsulares fuera de las fronteras de España sugiriendo, no solo las interacciones históricas a las que antes hice referencia, sino algo más destacable si cabe: la expatriación de la diversidad peninsular y de las polémicas ideológicas y políticas de España en su historia reciente.

*Montserrat Huguet*

DE FELIPE REDONDO, Jesús: *Trabajadores. Lenguaje y experiencia en la formación del movimiento obrero español*, Genuève, sin ciudad, 2012, 408 pp.

Ya está incrustado en la práctica historiográfica que no existen entidades naturales previas a la interpretación humana, y tampoco una estructura socio-económica que determine el proceso histórico. Desde la ya cincuentenaria *La formación de la clase obrera en Inglaterra* sabemos de la importancia de los factores culturales y que cada objeto histórico requiere al menos un sujeto. Para los historiadores postsociales o postobjetivistas, entre quienes se ubica intelectual y me-

todológicamente Jesús de Felipe, la toma de conciencia de las situaciones no está en el origen de las actuaciones humanas. Por el contrario, basan las relaciones sociales en la articulación significativa de la realidad que los sujetos modelan a partir de las categorías disponibles. Éstas emanan de imaginarios históricos (Charles Taylor). Obviemos la rigidez de algunos planteamientos teóricos.

El libro, fruto de una brillante tesis doctoral, afronta los orígenes del movimiento obrero español entre 1830 y 1870. Se centra en Cataluña y más concretamente en el sector textil fabril, en cuyo seno prosperó el primer socialismo obrero. A tal efecto parte de las investigaciones de Benet y Martí, Barnosell y García Balañà, entre otros. En su análisis apenas tienen cabida otras fórmulas de sociabilidad con presencia trabajadora. La pretensión inicial es datar el nacimiento de la identidad colectiva «trabajadores» que le permite empezar a hablar de movimiento obrero. Desde luego rechaza partir de la entidad natural preexistente «clase», de la que los agentes se apercibirían graciosamente al calor de la implantación de la economía capitalista y de sus consecuencias, la industrialización y la proletarización. Según el autor, sólo desde la década de 1830 se suscitó un sujeto «trabajador», puesto que hasta entonces la gente que trabajaba no se refería a sí misma de ese modo. Los reconocimientos sociales se efectuaban por oficios o status, dentro de la valoración del trabajo manual que con la Ilustración pasó de vil por la primacía de lo espiritual a útil por único origen de la riqueza (Fernando Díez).

Ese sujeto «trabajador» sólo generó tardía y minoritariamente, en la década de 1860 con el desembarco de los internacionales, identidad de clase, con sus componentes de antagonismo de intereses y lucha de clases. Otras identidades obreras, especialmente la de pueblo, se adelantaron y gozaron de más adhesiones. Imaginarios y categorías se convierten en piedra de toque del método seguido. Siguiendo a Charles Taylor, De Felipe destaca que en la segunda mitad del siglo XVIII la naturaleza sustituyó al providencialismo como factor legitimador y ordenador, de modo que la modernidad vertebró su mundo en torno a las categorías «naturaleza humana» y «trabajo». La población autoidentificada como trabajadora-útil-productiva bajo ese manto que otros llamarían ideológico participó de ese nuevo sujeto liberal y actuó en ese marco de significados que, bajo ese prisma, articulan el ser humano.

El eje de la actuación de los trabajadores asociados para la resistencia, porque a ellos se limita el análisis, fue el reconocimiento de sus derechos *naturales* como ciudadanos iguales. Se destaca que compartieron con sus empleadores los derechos de propiedad y de asociación, especialmente el primero, y la asunción de las libres contratación individual y concurrencia económica, en contraste con los mensajes colectivistas o comunistas posteriores. Plantear la posibilidad del pragmatismo en coyunturas difíciles no me tachará de naturalista objetivista, confío.

Esta parte del pueblo liberal pugnó con otras corrientes y otros intereses también liberales, acercándose a aquellas ramas políticas liberal-democráticas que les

abrieron sus cauces. Anna García Rovira, Albert García Balañà y Carmen Pérez Roldán, entre otros, lo habían abordado. Las otras ramas, liberal-conservadoras, aunque participaban de los mismos supuestos y por eso tomaron en consideración sus requerimientos, les cerraron las puertas. No hay aceptación política, con sus sombras, sin aceptación social. El estudio se centra en los momentos de tolerancia con el societarismo catalán y lo que representaba de apertura a sectores populares: trienio esparterista, bienio progresista y sexenio democrático. El acercamiento a este último, de gran complejidad, se corta hacia el congreso obrero de noviembre de 1870, por el que la región española de la AIT se decantó por el antipoliticismo.

El libro aborda cómo los trabajadores asociados convirtieron en inaceptables condiciones antes no discutidas como reducciones salariales, jornadas prolongadas, introducción de máquinas o empleo de niños. No interesan las maneras en que condiciones de trabajo y vida marcaron diferencias entre población popular. Al parecer ocupación estable o eventual, ingresos en torno a la subsistencia o el doble, acceso a agua cercana o lejana, residencia en arrabales o intramuros no afectaban a la generación de identidades urbano-industriales a mediados del siglo XIX. Por cierto que deberemos ir integrando a la población agraria, y a la liberal, en las explicaciones. Con la misma apertura de miras que se constata movimiento obrero no clasista, puede atenderse movimiento obrero, o llámesele equis, no necesariamente vinculado al societarismo de resistencia. Las presencias públicas de los sectores menos acomodados, con rasgos y liderazgos variables, resultan relevantes para este reseñador. El autor se detiene en la cuestión del trabajo femenino, que los trabajadores asociados del textil fabril catalán concibieron como complementario-subalterno del trabajo masculino, el del «verdadero trabajador». Lamentablemente no entra de lleno en las situaciones de 1872-1873.

El derecho de asociación fue tanto un estandarte reivindicativo, como un medio para otras reivindicaciones, como un fin en la pretensión de igualdad ciudadana con respecto a los patronos. La aspiración a unas relaciones laborales en las que el Estado debía abstenerse de intervenir, como corresponde a agentes que participaban de lleno en las lógicas del *laissez faire*, fue otra de las reivindicaciones novedosas en un orden que había roto con el corporativismo de Antiguo Régimen. Desde finales del siglo XIX otras organizaciones obreras asignaron otras funciones arbitrales al Estado.

El respeto y la explicación del proceso histórico por parte de Jesús de Felipe, con agentes coherentes con sus postulados ideológicos, merecen elogios, y a buen seguro darán todavía más frutos ampliándose en el tiempo y en el espacio. La ampliación permitirá incidir en las persistencias. Algunos creemos que las tradiciones artesanas tienen más recorrido (William H. Sewell, Friedrich Lenger, John Breuilly) y que sirvieron de modelo a otros sectores antes de extinguirse como factor de explicación de la vida social en el tiempo de la producción en masa. No deben desdeñarse las influencias foráneas, ni los circuitos de movimiento de po-

blación. Las adaptaciones sin duda variaron. Mientras pudieron los oficios *respectables* se distanciaron de los indeseables no cualificados, bolsa en la que la producción y/o la imagen detestable habían sepultado a la mayor parte de la población trabajadora. Pero esto no nos exime de tenerlos en cuenta. Se ganaron reconocimiento por otras vías, después o acaso nunca.

*Rafael Ruzafa Ortega*

DE LA GRANJA, José Luis (coord.): *Indalecio Prieto. Socialismo, democracia y autonomía*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2013, 245 pp.

El libro que reseñamos recoge las conferencias pronunciadas en las Jornadas «Indalecio Prieto (1883-1962) y el País Vasco», coordinadas por los profesores José Luis de la Granja y Pedro Barruso, y celebradas en Bilbao con ocasión del cincuentenario del fallecimiento del político socialista.

A lo largo de las diversas conferencias se dibuja la trayectoria vital de Prieto: su vinculación con Asturias, el Bilbao de los primeros años de su vida, incorporación al periodismo —llegó a ser un notable periodista y propietario de un periódico— y su vida como político desde la última década del siglo XIX hasta la guerra civil, y el exilio. Exiliado en México, su máxima ilusión era regresar a España, pero no le resultó posible. Murió en su casa de México.

Algunos capítulos analizan la trayectoria de Prieto teniendo como horizonte la política en el País Vasco: actuación en el socialismo, relación con sus aliados naturales los republicanos, sus enfrentamientos con los comunistas y la evolución de su actitud ante los nacionalistas vascos: de contendientes políticos a amigos en la búsqueda de un objetivo común.

La tercera parte del libro estudia la actuación de Prieto en la España de la Restauración, la República, la Guerra Civil y los primeros años del régimen de Franco. Las contribuciones de los autores facilitan conocer la naturaleza del socialismo democrático de Indalecio Prieto. El dirigente socialista estuvo dispuesto —en 1948— a aceptar el regreso de la Monarquía con la condición de que se plantara una auténtica democracia en España.

Se autodefinió como un político pragmático y de realidades, no de doctrinas. Esta actitud le llevó, por ejemplo, a ver la existencia de un problema de autogobierno en el País Vasco, a poner los medios para hacer realidad la autonomía y vincular netamente el PNV a la República.

El buen hacer de los autores (Ricardo Miralles, Aurelio Martín Nájera, Santos Juliá, Juan Pablo Fusi, José Antonio Pérez, Pedro Barruso, Jon Peche, Antonio Rivera, José Luis de la Granja, y Ludger Mees) permiten que conozcamos la trayectoria política de Prieto, y los rasgos que permanecen, dan unidad y cohe-

rencia a un intenso quehacer político. Sirva como ejemplo la conciencia de la necesidad de una colaboración electoral y política entre socialistas y republicanos de izquierda, pues el socialismo español tenía que ser la punta de lanza de la transformación democrática de la sociedad, que comportaba, entre otras cuestiones, el fin de la monarquía de Alfonso XIII. Existe otro elemento importante en el legado de Prieto: intentar ver la realidad tal cual era, y ante el fracaso de la revolución de 1934 volver de nuevo a la unión entre la clase obrera organizada y los partidos republicanos de izquierda.

Prieto tuvo, como es sabido, un papel muy destacado durante toda la guerra civil, y se entregó con generosidad para conseguir el triunfo de las fuerzas leales a la República. No obstante, en la primavera de 1938 llegó al convencimiento de la imposibilidad del triunfo de las fuerzas republicanas, y al deseo, pronto manifestado, de poner fin a la guerra.

Las colaboraciones que forman este libro tienen un tono equilibrado, que facilita comprender la razón o razones de una actuación o de unas decisiones. Las referencias bibliográficas son sobrias o muy sobrias. El número de libros mencionados es más amplio cuando lo requiere el tema estudiado porque ha existido alguna polémica historiográfica o por la novedad de la cuestión analizada.

Hay algo que se refleja en esta obra: la claridad mental de Prieto. Este escribía y hablaba muy bien. Su discurso era lineal e inteligible.

Cierra la monografía un capítulo dedicado a la Fundación Indalecio Prieto y a la explicación de la calidad de sus fondos, escrito por Alonso Puerta, su presidente.

*Fernando de Meer*

DE PABLO, Santiago; DE LA GRANJA, José Luis; MEES, Ludger y CASQUETE, Jesús (coords.): *Diccionario ilustrado de símbolos del nacionalismo vasco*, Madrid, Tecnos, 2012, 899 pp.

Al dar noticia del fallecimiento de Sabino Arana, en 1903, *El Liberal* de Bilbao se atrevió a vaticinar: «El nacionalismo, con la muerte de Arana, puede decirse que también ha muerto». Pocas veces habrá habido un pronóstico político más erróneo. Era, justamente, el momento en que el proyecto aranista, iniciado apenas diez años antes, emprendía el vuelo, para crecer en las décadas siguientes hasta alcanzar unas formidables proporciones de tamaño y éxito.

Este sólido y cuidadoso diccionario dirigido por Santiago de Pablo, José Luis de la Granja, Ludger Mees y Jesús Casquete se dedica a describir con detalle los símbolos o «lugares de memoria» de aquel nacionalismo. Y lo primero que sorprende tras su lectura es lo reciente de la creación de cada uno de esos símbolos y la facilidad con que arraigaron, en un plazo de tiempo realmente mínimo, poco

más de una vida humana. Los más antiguos de estos elementos, algunos de ellos esenciales para un movimiento identitario de este tipo, como la bandera, no tienen más de ciento veinte años de antigüedad y hoy son, sin embargo, indiscutibles. El propio nombre del sujeto colectivo, creación también de Arana hace poco más de un siglo, no solo se ha impuesto sino que ha cambiado, con igual facilidad, de Euzkadi a Euskadi, y ahora a Euskal Herria. El lema «Irurak Bat» (tres en uno) ha pasado a ser «Laurak Bat», «Seirak Bat», «Zazpiak Bat», cuatro, seis o siete en uno, según las necesidades o conveniencias del proyecto político, sin que el movimiento haya dudado nunca en hacer suya la nueva propuesta. Mucho dice también de lo novedoso y artificial del asunto el que tantos líderes nacionalistas, entre ellos el propio Arana, no supieran hablar euskera y tuvieran que empezar por estudiarlo. Hay pocos casos más obvios de «invención de la tradición». Lo cual debería hacer reflexionar sobre la tesis etnosimbólica de Anthony Smith de que no hay invención sino base cultural previa.

De lo reciente que son estas creaciones dan fe las fechas proporcionadas por los autores de este diccionario. Los únicos símbolos que sobrepasan el siglo y medio de antigüedad son el *Gernikako Arbola*, sobre el que existen referencias en 1853, y el relato sobre Roncesvalles, cuya primera formulación, en francés, es de 1834. Del origen de todo lo demás podría acordarse hoy un anciano longevo. El *Agur Jaunak* fue tocado en público por primera vez en 1918; la graña vasca se elaboró en el primer tercio del siglo XX; el primer *Aberri Eguna* se celebró en 1932; la palabra *Ertzaña* se acuñó en 1936; la reivindicación de la vasquidad de *Iparralde* (término de 1934) viene de los años 1960; el *Gudari Eguna*, de 1960; el *Alderdi Eguna*, de 1977; el monumento a Sancho el Mayor como «rey de los vascos» es de 2004; y los cambios en los escudos provinciales se siguen realizando en el momento en que esto se escribe...

Como es característico de este tipo de fenómenos, todos estos hechos o símbolos de nacimiento tan reciente se presentaron, desde el día mismo de su nacimiento, como dotados de gran antigüedad. Tal pretensión roza en algún caso lo infantil, como cuando se nos dice que el «lauburu» procede del siglo I. El propio Arana se negó a reconocer la dosis de invención que había en muchas de sus propuestas. Pero las afirmaciones de los autores de este diccionario son irrefutables, entre otras razones porque, al trabajar sobre hechos tan recientes, han dispuesto de datos abundantes y accesibles. Tampoco hay que poner muchas esperanzas, sin embargo, en libros esclarecedores de este tipo, porque los políticos dan la espalda, por principio, a los avances académicos. Como explicó Caro Baroja, «el historiador sabe que muchas veces la tradición es la Historia falsificada y adulterada. Pero el político no solamente no lo sabe o no quiere saberlo, sino que se inventa una tradición y se queda tan ancho». Los propios De la Granja y De Pablo son conscientes de ello: «el progreso académico en el conocimiento riguroso de la historia vasca no ha sido asumido por los políticos de nuestros días, que han continuado instrumentalizando y mitificando la historia como arma política al servicio de sus intereses partidistas».

Por otra parte, la manipulación de la historia es una constante no solo en los nacionalismos sino en cualquier movimiento identitario. En el caso vasco, baste recordar la Ley de 1839, condenada al averno por la leyenda nacionalista por haber significado la abolición de los Fueros y, con ellos, de la «independencia» vasca. Ni la Ley abolía, sino que ratificaba, los fueros, ni estos habían significado nunca «independencia», sino autogobierno dentro de la corona de Castilla.

La mitología, en este caso, no solo es de reciente creación sino que, para colmo de contradicciones, se ha construido con elementos tomados del españolismo más rancio: sirvan de ejemplo las referencias al «individualismo vasco», tan parecido al estereotipo aplicado clásicamente a los españoles por la psicología de las «naciones»; a un pueblo que ha luchado a lo largo de milenios por su independencia, sin emprender jamás guerra alguna de agresión o expansión; a las «libertades medievales», tópico en boga entre los constitucionalistas gaditanos a partir de los inventos de Martínez Marina; al escudo de Navarra, convertido en símbolo del vasquismo cuando lo que conmemora es la batalla de las Navas de Tolosa, única medieval que podría considerarse «española» (más bien, «europea»). Si los autores de este diccionario se hubieran remontado un poco más atrás en la historia, podrían haber incluido también a Túbal, considerado «primer español» desde Flavio Josefo hasta los siglos XVI-XVII, época en que hubo escritores vizcaínos que lo convirtieron en padre y fundador de Vasconia. Todo esto, por no hablar del victimismo y otros rasgos genéricos comunes. Y es que Euskadi es el espejo de España. El término clave de todo el volumen es «España», porque describe el enemigo, en realidad la contrafigura, el espejo invertido, la madre con la que nos une un cordón umbilical que es preciso cortar. La entrada «España», una de las más largas de la obra, es prácticamente una historia en síntesis del nacionalismo vasco.

Alguna anécdota rocambolésca bulle por el volumen, como los avatares de los restos de Sabino Arana, de sabor peronista, o la aceptación del «Guernica», cuadro que fue rechazado en principio por los nacionalistas por no estar pintado por un vasco... hasta que alguien descubrió que Picasso tenía sangre vasca por rama paterna. Abunda, no hará falta decirlo, el tono teológico. Hay debates sobre frases de Arana que recuerdan los islámicos sobre las *suras* del Corán. Y es que la constante presencia de clérigos entre los creadores de la mitología vasca confiere un inevitable tono religioso a su discurso. Es conocido el debate sobre el vasquismo como religión política.

En general, la obra se mueve en un terreno ambivalente, entre la descripción de hechos históricos y el análisis de los símbolos construidos a partir de esos hechos. Al empezar a leer alguno de los artículos sobre acontecimientos o personajes históricos no sabe uno si versan sobre ellos o sobre la interpretación o «construcción» nacionalista en torno a ellos. En general, sin embargo, este difícil rumbo intermedio se mantiene con buen pulso. El artículo sobre la Guerra Civil Española, por ejemplo, no describe el conflicto en sí sino cómo ha sido transmitido, siguiendo un excelente artículo de Paloma Aguilar. Algo semejante puede

decirse del que versa sobre las Guerras Carlistas, que también se limita a tratar de su interpretación como luchas nacionales. Pero otros, como los dedicados a Aguirre, Irujo o Monzón, son más bien biografías.

Especial interés tiene, me parece, el paralelismo entre nacionalismo y carlismo, dos movimientos que han utilizado con frecuencia los mismos símbolos. Un tercio carlista en la Guerra Civil, por ejemplo, se llamó *San Miguel*, refiriéndose a San Miguel de Aralar, y un batallón de *gudaris*, que combatía en la misma contienda pero del lado opuesto, recibió el nombre de *Aralar*. La conclusión de este paralelismo es, de todos modos, tajante: la segunda mitad del siglo XX ha certificado la derrota sin paliativos del carlismo en aquella batalla simbólica.

Creo significativa la ausencia, en este diccionario, de términos como socialismo, clase social, Marx u obrerismo. Un movimiento que se declaró, en sus expresiones más radicales, socialista a la par que nacionalista, nunca elaboró simbólicamente su identidad de clase. Podrían haberse incluido igualmente artículos sobre Aitor, raza, maqueto, independencia... Tampoco hay una entrada que se titule «Francia», dato también revelador pues se supone que los Estados opresores de la identidad vasca son dos y al primero se le dedica, como digo, atención más que generosa. Por seguir con las carencias, el «Euskera-batua» quizás habría merecido una entrada, pues se trata de una normalización muy tardía de la lengua, que realmente barrió el vasco hablado hasta entonces (tan diverso, según muestra el interesante mapa de la página 325). Alguna referencia hay a ello, pero demasiado breve, en el artículo «Euskara».

El volumen se inicia con una excelente introducción teórica y su tono general es aséptico, descriptivo/narrativo. Está dominado por un respeto quizás excesivo hacia los símbolos sacros del vasquismo. En alguna ocasión los autores caen en una terminología convencional, como cuando, en el artículo «Europa», se dice que «todo país que logra la independencia aspira a formar parte de la UE», lo que podría insinuar que los «países» existen antes de plasmarse en Estados. Por cierto, en relación con ese mismo artículo uno se pregunta si lo que realmente hizo interesar a los nacionalistas vascos por el europeísmo fue la unificación europea, como allí se dice, o más bien la política wilsoniana, que prometió aplicar en Europa el principio de las nacionalidades.

El volumen, como es lógico tratándose de un diccionario, no es ameno. Figuran en él infinidad de detalles minúsculos, no siempre interesantes. Los intelectuales o creadores citados son de escasa categoría intelectual y dedicarles tanta atención rebaja, lógicamente, el nivel de la reflexión. Claro que lo mismo se nos podría decir, con toda certeza, a quienes nos dedicamos al nacionalismo español. En conjunto, los debates narrados son monótonos, como algún artículo del *Diccionario* reconoce. Y hay muchas repeticiones: ¿cuántas veces se dice que Luis Arana fue el hermano de Sabino, o que este último tuvo varias etapas en su vida y una «evolución españolista» final? Para evitarlas, quizás hubiera sido más breve y sencillo hacer un planteamiento histórico global, sobre el origen y evolución de



la mitología vasca, complementado con un buen índice de temas. Pero eso hubiera variado la naturaleza del libro.

Un enfoque complementario, que añadiría fuerza explicativa a la obra, habría sido centrar la atención en el origen social de todos estos mitos y símbolos. ¿Quiénes fueron sus creadores y difusores? ¿Dónde estaban y cómo lo hicieron? La respuesta hubiera sido, seguramente, élites urbanas, bilbaínas, que lo expandieron por los medios rurales del interior vizcaíno y por las otras provincias. Algo así fue lo que hizo Lluís Marfany en su *La cultura del catalanisme*, con resultados históricos más desmitificadores.

Tras leer todo esto, la gran e inevitable pregunta que uno se hace es por qué y cómo ciertos mitologemas arraigan y perduran y otros no. Quizás la respuesta resida en el formidable nivel de autoestima, autocomplacencia y autoindulgencia que emana de la cultura nacionalista vasca. La autocrítica parece ser un término incompatible con ella. No se puede decir lo mismo, desde luego, de los autores de este gran trabajo.

*José Álvarez Junco*

EDWARDS, Andrew: *Labour's crisis. Plaid Cymru, the Conservatives, and the Decline of the Labour Party in North-West Wales, 1960-1974*, University of Wales Press, Cardiff, 2011, 300 pp.

En los estudios sobre el nacionalismo y las identidades nacionales del Reino Unido el País de Gales es la zona que pasa más desapercibida. A diferencia de Irlanda del Norte con el desarrollo de su actual proceso de paz o, qué decir, de Escocia con su inminente referéndum, Gales siempre ha ocupado un lugar mucho más discreto. Esa circunstancia se traduce no solo en una mínima aparición en los medios de comunicación, sino también en un (relativo) desconocimiento sobre la historiografía sobre la política galesa contemporánea. A pesar de ello, resulta de interés prestar atención a estos estudios no sólo por su posible valía metodológica o sus aportaciones teóricas, sino por las similitudes que esta región tiene con el País Vasco. Este no es el lugar para desarrollar esta idea, pero, a modo de indicación, este parecido se puede observar en varios aspectos. Además del papel que juega el nacionalismo galés en la política regional y en las instituciones autonómicas creadas en las últimas décadas del siglo xx, también es posible mencionar las similitudes sociales y económicas de ambas regiones desde finales del siglo xix. Desde esa centuria se extendió una marcada dicotomía entre una parte territorio fuertemente industrializado y poblado con importantes aportes de inmigrantes de otras partes de Gran Bretaña y otro entorno rural, con menor densidad poblacional y foco de emigración. El choque cultural que provocó estos sú-

bitos cambios se hicieron más evidentes al contar ambas regiones con una cultura e idiomas específicos. Sin duda también existen diferencias, especialmente, en el desarrollo político de ambas regiones, pero se puede considerar que son dos regiones cuya comparación resulta atractiva por las interesantes ideas y aportaciones que pueden surgir de acercarse, en nuestro caso, a la realidad galesa.

Un ejemplo de ello es el libro que se reseña aquí. El trabajo del profesor de la Universidad de Bangor (Gales) Andrew Edwards, como bien indica su título, se centra en la crisis del Partido Laborista en el noroeste de Gales entre 1960 y 1974. Habitualmente se ha considerado al laborismo como el partido político dominante en Gales (de hecho se le ha calificado como *the Party of Wales*) desde que en el año 1922 comenzara a ganar en la mayoría de las circunscripciones electorales de la región en las elecciones al parlamento de Westminster. Sin embargo, como presenta el autor, esta caracterización esconde una realidad mucho más compleja y variada. A partir de los años sesenta quedó en evidencia la fragilidad y vulnerabilidad de la posición dominante del laborismo galés, especialmente en el norte de la región, y la diversidad de caminos seguidos por esa formación política en el conjunto de Gales. Por un lado, eran cada vez más evidentes los mejores resultados del Partido Conservador y del nacionalismo galés liderado por el *Plaid Cymru*. El liberalismo, por el contrario, careció de presencia significativa en la zona estudiada por el profesor Edwards. Por otro lado, el dominio laborista estaba especialmente asentado en el sur de Gales, pero esa realidad no se podía aplicar directamente a otras partes del territorio, como el noroeste estudiado en este libro. Entornos donde otras dinámicas políticas, sociales, culturales e identitarias estaban vigentes, como era el caso de las zonas del noroeste donde la presencia de hablantes del galés era mucho más amplia que en el sur de la región.

Para cumplir con este objetivo el autor ha analizado diferentes aspectos de la realidad galesa de los años sesenta y principios de los setenta en el norte de Gales con la intención de contextualizar los procesos políticos que se acaban de comentar. Primero analiza la situación social y económica vivida en esas décadas en la zona de estudio y su influencia en la erosión del poder laborista. La falta de una respuesta adecuada a los problemas específicos de esta zona causados por la crisis económica de aquellos años (pérdida de importancia de la agricultura, cierre de minas de pizarra, desempleo, estancamiento poblacional...), además del desgaste político causado por la mala situación económica de los gobiernos laboristas británicos de aquellos años (1964-1970 y 1974-1979), propiciaron la extensión del descontento hacia el laborismo. En segundo lugar el autor estudia cómo supieron capitalizar este descontento los dos partidos rivales mencionados. En ello el profesor Edwards destaca la importante labor de modernización de sus respectivas organizaciones políticas realizada creando secciones locales y comarcales, consiguiendo de ese modo atender mejor a las demandas y aspiraciones específicas de su electorado de la zona. En tercer lugar añade una idea interesante para conocer el desarrollo de la política galesa reciente: la crisis del laborismo

no lleva implícita, necesariamente, el crecimiento del nacionalismo. De hecho, a pesar de haberse considerado muchas veces como una fuerza casi inexistente, el Partido Conservador también supo adaptarse a las características de Gales y cosechar unos resultados cada vez mejores. En cuarto lugar, se presenta un último capítulo a modo de epílogo donde analiza las razones del continuo declive laborista y consolidación del Partido Conservador y el *Plaid Cymru* en las demarcaciones electorales tomadas en consideración después del periodo estudiado, con especial análisis del referéndum de 1979. A las dificultades para hacer frente a la crisis económica y desarrollar reformas que la hicieran frente, con el consiguiente desprestigio del laborismo, habría que sumar las divisiones internas surgidas entre sectores centralistas y descentralizadores en el proceso de concesión de autonomía para Gales y Escocia en 1979, uno de los ejes de sus manifiestos políticos de los años setenta. También añade el autor unos interesantes comentarios sobre el referéndum de 1979. Como los resultados de la misma indican (rechazo de la *devolution*), no cabe hacer correlaciones «simplistas» entre la fuerza del idioma e identidad galesa con un apoyo a la *devolution*, ni siquiera en los votantes del *Plaid Cymru*. De hecho, los votantes tenían otras prioridades en aquellos años antes que un apoyo incondicional a la creación de unas instituciones autónomas.

En definitiva, el libro de Andrew Edwards es un interesante trabajo para acercarse a la realidad galesa. Aunque el estudio se centra en una determinada zona de la región, al situarse en unas décadas social, económica y políticamente intensas y de cambios hace que su lectura resulte sugestiva. Pero su lectura, además, también resulta atractiva como elemento de comparación con la situación del País Vasco contemporáneo. A pesar de las diferencias políticas existentes entre ambas zonas (destaca entre ellas la menor importancia del entorno social y político que podríamos calificar como *izquierda abertzale* en Gales), su cercanía a lo que se ha venido a denominar como el «pluralismo vasco» hace que la lectura de este libro pueda ser un aporte de ideas y de otras realidades para los estudios que sobre el País Vasco de la Transición en adelante se vienen realizando en la actualidad.

Ander Delgado

GONZÁLEZ CALLEJA, Eduardo: *El laboratorio del miedo. Una historia general del terrorismo, de los sicarios a Al Qaeda*, Crítica, Barcelona, 2013, 876 pp.

En España, debido a la actuación de organizaciones como los GRAPO o ETA, el terrorismo ha sido un objeto de estudio muy frecuentado por investigadores de todo tipo de disciplinas. Ahora bien, la mayor parte de la amplia bibliografía existente, exceptuando algunos diccionarios o enciclopedias, se centra en as-

pectos concretos del fenómeno. Escasean, en cambio, las historias universales y, desde luego, era necesario un estado de la cuestión. Eso es precisamente *El laboratorio del miedo*, la ambiciosa y monumental obra de Eduardo González Calleja, profesor titular de la Universidad Carlos III de Madrid, que viene a culminar así su extensa lista de publicaciones sobre violencia política.

El libro, escrito desde la perspectiva de un historiador, cuenta con un amplio soporte bibliográfico y documental y demuestra la capacidad de síntesis del autor, que comienza su relato en el siglo I d. C. y llega hasta nuestros días. Tan amplia escala geográfica y cronológica le permite analizar de una forma profunda el terrorismo, que entiende como una táctica empleada tanto por organizaciones subversivas como por determinados gobiernos con el fin de intimidar a la sociedad. Así, González Calleja señala las similitudes, interrelaciones y diferencias entre los distintos casos a lo largo del tiempo y en todo el planeta. Esta mirada macro se combina con referencias pormenorizadas a las organizaciones más significativas, ilustradas con cuadros explicativos y tablas con el número de atentados y víctimas mortales. Ahora bien, aunque quizá sea algo inevitable, hay que señalar que a veces en la pequeña escala se cuelan algunos errores (verbigracia, el pasado de ETA), aunque esto no deteriora el resultado en su conjunto.

Lejos de considerar el fenómeno como estático y monolítico y siguiendo la perspectiva cíclica de David C. Rapoport, González Calleja distingue hasta cinco oleadas históricas de violencia terrorista. Cada una de ellas ha estado protagonizada por hombres y, más raramente, mujeres, condicionados por una serie de factores: su religión o ideología, sus objetivos a corto y largo plazo, sus planteamientos estratégicos y, de fondo, la coyuntura o estructura de oportunidades disponible (las influencias internacionales, sus bases sociales, el tipo de régimen político al que se enfrentaban o el grado de avance tecnológico de la industria armamentística). Igualmente, cada generación de terroristas ha suscitado distintas respuestas gubernamentales.

La obra sitúa los antecedentes remotos de la «lucha armada» en las sectas terroristas premodernas: los sicarios judíos en Palestina (s. I d. C.), los asesinos ismaelitas comandados por «El viejo de la Montaña» (ss. XI-XIV) o los *thugs* hindús (ss. VII-XIX). Aunque también los estados han empleado el terror desde la más remota antigüedad, no fue reivindicado como instrumento de control social hasta que lo hicieron suyo los jacobinos durante la Revolución francesa.

La primera oleada terrorista (1877-1900) tuvo mucho que ver tanto con la represión del movimiento obrero como con los avances tecnológicos: progresos en el transporte, aparición de medios de comunicación de masas y determinados inventos (verbigracia, la dinamita en 1862). Durante esta fase surgieron movimientos clandestinos (y laicos) que utilizaban como arma revolucionaria el atentado individual, especialmente el magnicidio. La nihilista y populista *Naródnaia Vólia*, que mantuvo un sangriento enfrentamiento ritual con el zarismo, suele ser considerada la primera organización terrorista «moderna», pero hubo otras poco

después: desde los social-revolucionarios rusos a la «propaganda por el hecho» defendida por cierta corriente del anarquismo.

La segunda oleada histórica del terrorismo (1905-1945) estuvo protagonizada por movimientos nacionalistas radicales. Entre todos ellos destacan los de los Balcanes (la *Ustasha* croata, la VMRO macedonia o la Mano Negra serbia, que estuvo detrás del magnicidio detonante de la I Guerra Mundial) y los republicanos irlandeses (*Sinn Féin* e IRA). Al mismo tiempo, en la Europa de entreguerras se asistió a la paramilitarización de la vida política en las democracias parlamentarias y a la brutalidad incesante del terror totalitario de las dictaduras soviética, fascista y nazi. Estos dos últimos regímenes se expandieron militarmente durante la II Guerra Mundial, iniciándose así la acción violencia de la Resistencia clandestina en los países ocupados.

La tercera oleada de terrorismo (1945-1965) fue promovida por los movimientos anticolonialistas del Tercer Mundo (Palestina, Chipre, Argelia, Vietnam, África subsahariana, etc.) y su exitosa lucha contra las metrópolis occidentales. Bajo influencias doctrinales como la «guerra revolucionaria» de Mao Zedong, la obra de Frantz Fanon y, a partir de los años 60, el «foquismo» del *Che* Guevara, surgieron guerrillas que entablaban un combate irregular contra ejércitos regulares. Excepto en casos puntuales, en este paradigma el terrorismo solo jugaba un papel secundario. Tuvo, sin embargo, mayor importancia en las guerrillas urbanas que, una vez fracasado el experimento boliviano del *Che*, se establecieron a lo largo y ancho de Latinoamérica (ALN y VPR en Brasil, los Tupamaros uruguayos, los Montoneros argentinos o el MIR chileno), aunque tampoco faltaron las de base rural (FARC en Colombia y Sendero Luminoso en Perú).

Los movimientos antisistema herederos de la agitación estudiantil de 1968 fueron los actores principales de la cuarta oleada terrorista (1965-1980), que tuvo como escenario Europa occidental. A diferencia de las guerrillas del Tercer Mundo y debido, hasta cierto punto, a su exiguo apoyo social, su menor tamaño y las características del armamento (más accesible, la miniaturización de explosivos y la combinación de estos con la electrónica), un sector de la extrema izquierda adoptó el terrorismo como estrategia central. De esta manera la banda «Baader-Meinhof» en la República Federal Alemana, las Brigadas Rojas en Italia o los FRAP y los GRAPO en España pretendían suplir a una revolución obrera indefinidamente postergada. Simultáneamente apareció el terrorismo publicitario de alcance trasnacional, con espectaculares acciones como el secuestro de aviones o la toma de rehenes. Asimismo, hay que incluir aquí a la violencia de ultraderecha, un sector electoralmente marginal que en lugares como en Italia optó por la estrategia de la tensión para provocar un golpe de Estado.

La quinta y última oleada de terrorismo, que llega hasta nuestros días, ha estado fomentada por dos tipos distintos de movimientos primordialistas y fundamentalistas. Por un lado, el terrorismo étnico-nacionalista, que, debido al amplio respaldo social que en ocasiones es capaz de concitar, ha solido tener mayor dura-

ción que su homólogo de extrema izquierda. Cabe citar la violencia sectaria en el Ulster entre republicanos y unionistas desde mediados de los años 60 hasta finales del siglo XX o la trayectoria de ETA, cuya relevancia propició que otros ultranacionalismos periféricos intentasen emularla tanto en España (el más conocido de los cuales fue *Terra Lliure*) como en Francia (*Iparretarrak*), que también padeció la violencia del secesionismo bretón y corso. El terrorismo nacionalista no se circunscribe a Europa. También ha estado presente en Asia. Basten como muestra el PKK kurdo, ASALA en Armenia o los Tigres Tамиles en Sri Lanka.

Por otro lado, cabe clasificar en esta quinta oleada al terrorismo religioso activado tras el derrumbe del bloque soviético. Se trata de una violencia, que en cierto modo retorna a las raíces sectarias y sagradas del fenómeno, que tiene un fuerte componente martirial y autoinmulatorio. Aunque a esta tipología pertenecen diversos movimientos (el de Identidad Cristiana y el supremacismo en EEUU, la secta *Aum* en Japón o el fundamentalismo judío), el más notable es el integrista islámico y, dentro de dicha rama, *Al Qa'ida*. Esta red global, responsable del atentado del 11 de septiembre de 2001 en Nueva York sigue una estrategia de terrorismo indiscriminado a escala transnacional con el fin de conseguir un Estado integrista unificado para todos los musulmanes.

En conclusión, *El laboratorio del miedo* es una obra sólida, rigurosa y muy sugerente, fruto de un encomiable esfuerzo de síntesis y con vocación divulgativa. Resulta de consulta indispensable para todo especialista en la materia, y es muy recomendable para cualquier persona interesada en la historia contemporánea, en la que el terrorismo a menudo ha jugado un papel tan destacado.

Gaizka Fernández Soldevilla

GUEREÑA, Jean-Louis: *Les Espagnols et le sexe. XIX-XX siècles*, Presses Universitaires de Rennes, Rennes, 2013, 478 pp.

Con este libro, hasta ahora solo publicado en francés y que bien merece una traducción al castellano, Jean-Louis Guereña está muy cerca de haber escrito una historia general de la sexualidad en la España contemporánea. Y ello, a pesar de que, ya desde la introducción, se desprende de este objetivo, mientras apuesta por uno que considera más modesto: el de contribuir a la construcción y la afirmación de la historia de la sexualidad en España. Consigue mucho más que esto, lo que no puede sorprendernos, pues estamos ante uno de los grandes especialistas en esta rama de la historiografía. En efecto, el hispanista francés lleva desde los años ochenta labrando incansablemente en los distintos terrenos que hoy le han permitido esta visión de conjunto, y que ya le habían permitido ofrecer importantes aportaciones a la historia de la prostitución. Su renuncia a una historia general de

la sexualidad se debe pues a que no la considera un objetivo posible, a pesar de los avances que él y otros han cosechado en todos esos campos en las últimas décadas. Opta, en consecuencia, y aquí parafraseamos sus palabras, por limitarse a pensar las sexualidades en la España contemporánea, siguiendo distintos recorridos parciales y dentro de un proyecto general de estudio socio-cultural de las clases populares.

Dentro de las conclusiones que obtiene, podríamos aventurar la de que se produce un triunfo progresivo de la sexualidad. Guereña no lo afirma así, pero quizás lo autoriza cuando confiesa que el libro bien podría haber llevado por título una expresión de la revista anarquista *Estudios*: La marcha triunfal del sexo. Entre las conclusiones sí consta, sin embargo, la de que en España se produce un cierto retraso en el desenvolvimiento del discurso médico sobre la sexualidad en contraposición al discurso religioso. La misma conclusión, la de que se produce un retraso, la había encontrado, también, no ya en el objeto de investigación sino en la propia disciplina, pues constata el escaso desarrollo en España de la historia de la sexualidad; algo que destaca aún más la importancia de este libro. Ambas conclusiones nacen de la voluntad del autor de introducir una dimensión comparativa en su estudio. Es evidente que esa comparación tiene como contraparte en numerosas ocasiones a Francia, lo que resulta particularmente pertinente, pues en este campo específico de investigación las ligazones con el país vecino son muy abundantes y el autor realiza el esfuerzo de señalarlas.

La constatación del retraso de la historiografía de la sexualidad en España no impide a Guereña reconocer el rol pionero de la revista *Hispania* en esta materia, y tampoco es un obstáculo para que celebre la importancia de alguna de las aportaciones y muy significativamente las de Francisco Vázquez García y Andrés Moreno Mengibar. La referencia a estos autores es constante, pero lo es también a muchos otros. El libro adopta así el tono generoso de quien sin desconocer el propio valor consigue reconocer el ajeno, y a este ejercicio de elegancia une el mérito de dar a su propio libro un carácter más enciclopédico, pues la riqueza de las citas produce la impresión de que nos hallamos ante un verdadero estado de la cuestión en lo que a los estudios sobre la sexualidad en España se refiere.

En cuanto a las fuentes, el propio autor reconoce que su trabajo descansa excesivamente en las de carácter impreso: novela corta, grabados y prensa principalmente. Aunque también hay referencia a fuentes judiciales, archivos municipales y provinciales y archivos privados. El libro finaliza precisamente con la necesidad de profundizar y completar estas últimas como forma de hacer avanzar este campo de investigación y se lamenta de las lagunas que percibe en lo que denomina archivos centrales del país. Con todo, este trabajo se presenta al lector como un gran despliegue de erudición, no solo referida a la historia de la sexualidad, sino también a la de la edición de obras populares en España.

El libro está dividido en tres partes: en la que abre el estudio, titulada «El descubrimiento del sexo», aborda las publicaciones populares de educación

sexual y el preservativo masculino. Respecto a las primeras, y a pesar de las altas tasas de analfabetismo del país durante el siglo XIX y primeras décadas del siglo XX, constata la abundancia de publicaciones —aunque un estudio completo de las mismas esté todavía por realizarse— y aprecia en ellas un reforzamiento de la norma sexual tradicional y una tendencia hacia la medicalización de la sexualidad, lo que pone en relación con la progresiva imposición de los planteamientos higienistas sobre la vida cotidiana. Del condón nos ofrece una perspectiva muy amplia, que comienza con su propia aparición en el siglo XVI y que se centra sobre todo en su carácter dual como medio anticonceptivo y, principalmente, como preventivo de enfermedades de transmisión sexual.

La segunda parte está dedicada a la prostitución. Realmente es innecesario glosar aquí el contenido de los tres capítulos en los que está dividida la sección, pues su contribución al tema es bien conocida y reconocida por los historiadores españoles; baste recordar aquí que Guereña ya había publicado hace diez años, amén de muchos otros trabajos, un libro titulado: *La prostitución en la España contemporánea*. En este libro ya realizaba un estudio exhaustivo de la reglamentación de la prostitución en España y también estudiaba la llegada de los planteamientos abolicionistas de Josephine Butler y su triunfo durante la Segunda República. Lo que no recogía, y sí lo hace en esta ocasión, es un análisis del burdel como espacio de sociabilidad tanto masculina, para los clientes, como femenina, para las propias trabajadoras del sexo.

La tercera parte se titula: «Erotismo y pornografía. Un “infierno” español» y está dedicada a las publicaciones pornográficas tanto literarias como gráficas. Aquí Guereña despliega una erudición sobresaliente en un tema de suyo muy complejo, sobre todo por la dificultad de acceso a las fuentes. En efecto, el objeto de investigación son publicaciones que, por estar fuera de la ley, debían producirse, distribuirse e, incluso cabría decir, disfrutarse, de forma clandestina; de hecho, esta sección comienza estudiando los libros incluidos en los últimos Índices de la Inquisición antes de que ésta fuera definitivamente abolida, y más adelante incluye la persecución de los mismos a través de los diversos códigos penales vigentes en España. Pero todas las dificultades que se intuyen a la hora de cotejar los textos y grabados pornográficos no obstan para que Guereña pueda trazar un panorama muy completo de estas publicaciones populares. Así, nos informa de su procedencia, su naturaleza y su forma de distribución, así como de las reacciones que produjo su proliferación, con la creación de distintas asociaciones dedicadas a instar una acción represiva por parte del poder público.

El libro contiene un último regalo en forma de epílogo dedicado a analizar una polémica en torno a la obra sobre sexualidad del doctor Marañón. Un cierre magnífico para un trabajo excelente sobre la sexualidad en España.

José Javier Díaz Freire



LARRINAGA, Carlos: *Diputaciones provinciales e infraestructuras en el País Vasco durante el primer tercio del siglo xx (1900-1936). El caso guipuzcoano (puertos, ferrocarriles y carreteras)*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2013, 293 pp.

En su obra *Diputaciones Provinciales e Infraestructuras en el País Vasco durante el primer tercio del siglo xx (1900-1936). El caso guipuzcoano (puertos, ferrocarriles y carreteras)*, Carlos Larrinaga hace un recorrido de la labor de la Diputación Provincial de Guipúzcoa como constructora y potenciadora de las infraestructuras necesarias para el desarrollo económico del territorio que gestiona. Nos encontramos ante un estudio novedoso que rellena vacíos en que los diferentes trabajos sobre esta época y sobre la Diputación Provincial de Guipúzcoa o bien se habían obviado o bien se habían tratado de un modo tangencial y con un marcado matiz político. Sin entrar a fondo dentro de la polémica institucional sobre foralidad y justificación del Concierto Económico, el autor analiza la actuación de la Diputación Provincial, con sus luces y sus sombras, a lo largo de un periodo convulso tanto desde una perspectiva económica como político-social. Desde el punto de vista económico, dos crisis importantes sacudieron el territorio guipuzcoano, aquella resultado de la reorganización económica una vez finalizada la Primera Guerra Mundial y una segunda heredera del Crack bursátil de 1929. En el plano político-social la situación no era menos conflictiva. La creación de la Diputación Provincial de Guipúzcoa era el resultado directo de la abolición foral con el consiguiente rechazo de un importante núcleo de población, a lo que se añadió una dictadura militar y el advenimiento de la primera democracia española. La Diputación tuvo que lidiar con esta situación desde una autonomía fiscal, pero no administrativa, que en cierto modo le permitió continuar la labor que tanto la Diputación Foral y como la Diputación Provincial habían realizado en orden a las infraestructuras a lo largo del último tercio del siglo XIX. Como bien dice el autor, la importancia de la Diputación Provincial radicó más que en ser un baluarte político, en ser un instrumento catalizador de los cambios económicos en beneficio de la modernización de Guipúzcoa.

Este trabajo supone la continuidad intrínseca de la ardua y copiosa labor investigadora de Carlos Larrinaga sobre el proceso industrializador de Guipúzcoa desde mediados del siglo XIX y la consiguiente modernización económica, social y política de este territorio. Dentro de esta obra se aborda algo que hasta el momento no se había estudiado. Se había analizado la vertiente de las iniciativas privadas dentro de las infraestructuras guipuzcoanas, pero hasta esta obra no se había analizado de un modo tan riguroso la labor fundamental de la Diputación Provincial como promotora de un aspecto tan crucial para el desarrollo económico, político y social de Guipúzcoa. Este estudio nos brinda la oportunidad de conocer la labor iniciada en el periodo de la Restauración a través de la motivación del autor en centrarse más en la contribución de este organismo provincial a

la modernización económica a través de un instrumento tan importante como fueron las inversiones en infraestructuras que enfrascarse en la clásica disputa historiográfica sobre las competencias de las instituciones forales y provinciales. A través de este trabajo, Carlos Larrinaga culmina un ciclo de investigación que se ha centrado en una etapa clave para la historia del País Vasco en la que era necesario abordar el papel que jugaron en ese momento los órganos provinciales.

La estructura de este libro viene determinada por dos partes, una primera en la que se introduce al lector en el complejo marco institucional, económico y social que marcó al País Vasco de finales del siglo XIX para pasar a una segunda parte en la que se aborda la actuación de la Diputación Provincial de Guipúzcoa dentro del ámbito de las infraestructuras, con todos los matices que un estudio tan complejo y detallado puede aportar. Como ya se ha indicado, en la primera parte de este trabajo el autor nos sitúa en toda la problemática que supuso para el País Vasco la abolición foral, con la aparición de un nuevo marco institucional del que comenzó a gozar esta región como consecuencia de la aplicación del sistema de Conciertos Económicos; a esto hubo que sumar el vertiginoso proceso de industrialización que afectó, en particular, a Vizcaya y a Guipúzcoa y, también, como consecuencia de ello la involución de la cadencia natural de la población del País Vasco, inmersa en un desbocado crecimiento económico; y por último, se nos ofrece una visión general de las infraestructuras en las tres provincias vascas en el último tercio del siglo XIX, una vez que ya se había puesto en funcionamiento el sistema de Conciertos Económicos, intentando analizar la continuidad y la divergencia de las nuevas diputaciones provinciales vascas en el plano de las infraestructuras con respecto a las anteriores diputaciones.

Con el capítulo dos se da entrada a la segunda parte de este libro. En este capítulo se abordan los grandes logros obtenidos en materia de infraestructuras entre 1900 y 1923. El autor analiza la política de inversiones en este campo seguida por la Diputación Provincial de Guipúzcoa una vez que desapareció la Diputación Foral. Al igual que su antecesora, la Diputación Provincial continuó con su labor centrada en tres vertientes fundamentales para la articulación de los transportes: el Puerto de Pasajes, la red de carreteras y las líneas ferroviarias. En el capítulo tres se aborda en una primera parte las medidas de reforma administrativa auspiciadas por la Dictadura de Primo de Rivera, analizando su impacto en la autonomía de la administración vasca. Como bien indica el autor, este apartado tiene un matiz contextualizador que apunta la posibilidad de hacer un estudio más profundo. En una segunda parte de este tercer capítulo se trata la reversión al Estado del Puerto de Pasajes y la inauguración del Ferrocarril del Urola, acciones que simbolizan la misma naturaleza de la Diputación Provincial como gestora y promotora de aquellas infraestructuras que consideraba necesarias para la modernización del territorio cuando la iniciativa privada no podía o no quería acometer estas labores. Por último, en el capítulo cuatro se analiza la complicada etapa de la Segunda República, en la que dentro de un contexto de crisis industrial y de

continuo incremento del paro la Diputación Provincial optó por las obras públicas como el bálsamo que pudiera paliar en cierta medida la grave situación por la que atravesaba la provincia.

Son, por lo tanto, tres los campos de las infraestructuras, Puerto de Pasajes, ferrocarriles y carreteras, en los que se mueve el autor de esta obra con respecto a la labor de la Diputación Provincial de Guipúzcoa que dentro de un contexto inicial de recelo, por haber surgido del cercenamiento de las libertades forales, pasó a gozar de una autonomía financiera gracias al Concierto Económico, al mismo tiempo que consiguió un prestigio y fuerza que llevó al mismo Primo de Rivera a admitir su autonomía administrativa. La reversión del Puerto de Pasajes al Estado, la construcción del Ferrocarril del Urola, además de la propuesta de provincialización de los ferrocarriles, y la mejora de la red de carreteras ponen de manifiesto la labor de la Diputación como un agente económico importante dentro del territorio. El autor concluye su trabajo dejando abiertas algunas cuestiones para futuros trabajos, tales como los claroscuros de la gestión del Puerto de Pasajes en manos de la Diputación Provincial, la idoneidad de la construcción del Ferrocarril del Urola en un momento que la competencia del transporte mecánico por carretera era a todas luces más que una realidad o que el programa de actuación para la mejora de la red de carreteras se centrase solamente en completar la estructura ya existente. A pesar de estas lagunas, a juicio del autor, la actuación de la Diputación Provincial fue de importancia capital, no se habla solo de la construcción y mejora de las infraestructuras, sino también del contenido social innegable que esta entidad quiso aplicar a su labor. Al igual que a finales del siglo XIX, el gasto en obras públicas siguió siendo importante y, pese a que la actuación de la Diputación Provincial fuese menos coherente y bastante más discutible que la de su predecesora, no es menos cierto que en las primeras décadas del siglo XX reforzó su prestigio y que este éxito hay que vincularlo con el sistema de Concierto Económico.

Por último, hay que resaltar el exhaustivo trabajo de recopilación y análisis realizado por el autor de la documentación interna de la Diputación Provincial custodiada en el Archivo General de la Administración y en el Archivo General de Guipúzcoa, lo que permite al lector acceder al pormenorizado estudio que de estas fuentes primarias se refleja en esta obra, sin la injerencia de fuentes secundarias que podrían desvirtualizar el resultado de la investigación.

En definitiva, esta obra de Carlos Larrinaga es de obligada lectura para comprender mejor los diferentes aspectos económicos, sociales y políticos que marcaron el primer tercio del siglo XX no solo dentro del ámbito guipuzcoano, sino también dentro del proceso de modernización del País Vasco. Gracias a su maestría y buen hacer el autor nos permite conocer la importante labor de la Diputación Provincial de Guipúzcoa como un catalizador de las necesidades del territorio que gestionaba dentro de esta complicada etapa de desarrollo económico.

*Olga Macías Muñoz*

LLONA, Miren (coord./ed.): *Entreverse. Teoría y metodología práctica de las fuentes orales*, Universidad del País Vasco, Bilbao, 2012, 244 pp.

La obra coordinada y editada por Miren Llona que aquí reseñamos tiene como objetivo principal el ofrecer a los investigadores/as una sistematización del uso de las fuentes orales desde una perspectiva interdisciplinar, siendo ésta, junto con lo novedoso de los planteamientos teórico-metodológicos que en ella se defienden, su principal virtud. De este modo, cuenta con la participación de reconocidos especialistas en el campo de la Historia, la Antropología y la Sociología.

En sus primeras páginas, escritas por la profesora Llona y dedicadas al prólogo, nos llama la atención sobre tres cuestiones relevantes. Por un lado, sobre el hecho de que la práctica de entrevistar se haya convertido en algo habitual para una parte importante de las personas que investigan, tanto desde el campo de la historia contemporánea, la antropología o la sociología, como desde otros ámbitos en principio ajenos a ella. Por otro, y en estrecha relación con lo anterior, considera que existe una ausencia importante de rigor y de método, no sólo en la realización de las entrevistas, sino, también en el uso y en el tratamiento de los recuerdos y de la memoria como recurso y fuente para la investigación. Por ello este libro trata de «orientar, desde el punto de vista teórico, metodológico y práctico, en el ejercicio de la entrevista y en el uso de las fuentes orales». Finalmente, constata la existencia de una cierta desconfianza de la historia hacia el uso de las fuentes orales, preguntándose acerca del origen de la misma y afirmando que «buena parte de ese recelo nace de la estrecha relación que la historia oral mantiene con la memoria» y de la necesidad de incorporar la instancia del presente como un ingrediente más en la elaboración del relato histórico. Para esta autora, la crisis que la crítica posmoderna ha provocado en las ciencias humanas y sociales, ha favorecido el reconocimiento de la historia oral como una disciplina útil, cuyo complejo tratamiento de las fuentes y del análisis de la relación entre el pasado y el presente, ha permitido a la historia avanzar en una perspectiva cultural.

Esta cuestión enlaza con el contenido del primer capítulo escrito por la propia coordinadora «Historia oral: la exploración de las identidades a través de la historia de vida», donde aborda el tema de la naturaleza de la memoria desde una mirada interdisciplinar, con la convicción de que la neurobiología puede aportar nuevas claves explicativas para la historia. También muestra las características fundamentales de la memoria (carácter dinámico y creativo; implicación en la construcción identitaria de los sujetos; naturaleza narrativa de los recuerdos). Por otra parte presenta una serie de pautas para encarar profesionalmente el encuentro con la persona entrevistada y la preparación de colecciones significativas de testimonios orales mediante el paradigma *historia de vida*. Por último, aborda la cuestión del tratamiento de las fuentes orales insistiendo en la necesidad de incorporar

un enfoque hermenéutico de las mismas (*giro interpretativo*), adoptando la perspectiva de *la agencia del sujeto*, a la que sitúa como uno de los focos de atención prioritarios de la historia oral. Para ella, la historia oral puede resultar una herramienta imprescindible para el desarrollo de la historia cultural.

Continuando dentro del ámbito de la Historia, Mercedes Vilanova, en su texto «Imposturas y claves sobre los republicanos españoles deportados a Mauthausen», se acerca a la llamada *memoria del trauma*, a partir de la memoria de los campos de concentración nazis. El texto aporta algunas claves como el origen social, la militancia o la edad de los españoles cuando llegaron al campo de concentración de Mauthausen y reflexiona sobre la verdad histórica y el papel del historiador en su búsqueda de *lo que pasó*, poniendo igualmente de relieve la importancia de las imposturas como mecanismos de supervivencia, lo cual revierte a su texto de una particular actualidad.

Pilar Domínguez Prats en «*Ellas nos cuentan: los relatos de vida en la historia del exilio republicano en México*», realiza un análisis de las diferentes formas de auto-representación del sujeto (en su caso, rememoración del trauma del destierro) tomando como caso de estudio el exilio republicano femenino en México y poniendo de relieve su papel en la construcción general de la historia del exilio republicano. Parte de los aportes teóricos de la historia cultural y de la metodología de la historia oral, considerando que esos relatos orales femeninos se configuran como una forma peculiar de proyectarse desde el exilio hacia España para salir de la invisibilidad en la que considera se encontraban. Igualmente, la autora incorpora el *debate sobre la memoria histórica* y sostiene que es posible constatar el desarrollo de una importante comunidad de memoria del exilio, que todavía existe en México, y que ha impulsado las iniciativas de recuperación de la memoria histórica recientes.

Pilar Díaz Sánchez, en «Las fuentes orales y la construcción de relatos biográficos: mujeres trabajadoras en la dictadura franquista», realiza un *ejercicio de carácter teórico-práctico* en relación a la construcción de *los estudios de género* y la historia de las mujeres. Su acercamiento a las trabajadoras del franquismo constituye, en sí mismo, «un ejemplo de las posibilidades del uso de las fuentes orales para la investigación de la historia del tiempo presente».

En el campo de la Antropología, encontramos el trabajo de Rosa García-Orellán en el capítulo «De la oralidad a la intención biográfica», donde analiza el proceso de investigación de los científicos sociales desde el punto de vista de la *perspectiva biográfica*. En esta medida, el texto supone un apoyo de primer orden para la investigación con fuentes cualitativas. La autora insiste en el carácter intersubjetivo de la fuente creada a partir de la entrevista, enmarcando su planteamiento, de ese modo, en las corrientes más actuales de las ciencias sociales. Se trata de un repaso por la evolución de la historia de vida asentada en la metodología cuantitativa, a partir de la Escuela de Chicago, y su evolución hacia el asentamiento de la perspectiva biográfica.

El capítulo de Jordi Roca y Girona y Lidia Martínez Flores, «Mi vida, tú vida, la nuestra. Determinantes y configuración de la estructura narrativa de los relatos de vida», resulta un texto especialmente novedoso, puesto que los autores abordan el análisis sistematizado de los elementos que influyen en la *elaboración del relato de vida como estructura narrativa* y de los formatos que adopta este relato en una construcción biográfica. Utilizan un gran soporte empírico-etnográfico y reflexivo basado en la realización y análisis de más de 200 relatos de vida que a su juicio no han servido de sustento para el análisis de un objeto de estudio determinado de la realidad social o histórica, sino que han constituido ellos mismos la fuente, el método y el objeto de investigación.

Para finalizar, desde el terreno de la Sociología, Carlos Sandoval García aporta una mirada distinta. Su perspectiva es innovadora, tanto por sus temas de investigación, relacionados con la inmigración ilegal, como por las reflexiones sobre el papel de la disciplina sociológica en el cambio social. En su capítulo «Contestar la hostilidad antiinmigrante en Costa Rica. Un proyecto de ciencias sociales públicas en curso», el autor reflexiona en torno a las posibilidades de incidir en las políticas públicas desde las ciencias sociales, un debate éste de gran relevancia de cara a la cuestión de la inmigración. Sandoval se pregunta sobre *los imaginarios de la inmigración*, que suelen ser especialmente criminalizadores, y sobre cómo trabajar con comunidades migrantes para que puedan constituirse en sujetos políticos capaces de forjar sus propias redes, agendas y demandas en la formulación de políticas públicas.

En conclusión, pensamos que la principal aportación de este libro es la sistematización del uso de las fuentes orales desde una perspectiva interdisciplinar que propone en sus páginas, así como la perspectiva teórico-metodológica novedosa que hacen suya cada uno de los autores citados. Asimismo, responde a la necesidad de orientar desde un punto de vista teórico, metodológico y práctico en el ejercicio de la entrevista y en el uso de las fuentes orales.

*M.<sup>a</sup> Candelaria Fuentes Navarro*

MACÍAS MUÑOZ, Olga: *La organización empresarial del sector ferroviario vasco (1914-1936)*, Editorial Académica Española, Madrid, 2012.

Existe la idea de que las buenas monografías de Historia Económica —y casi de cualquier campo— han de ser voluminosas, repletas de mapas, tablas y gráficos, y con una bibliografía apabullante. Desde luego, así son algunos buenos libros que son obras de referencia. La complejidad de los temas requiere una extensión no pequeña, por mucho que una redacción inteligente pueda liberar al lector de un montón de paja. Pero también es posible, y plausible, escribir libros breves

que aborden con rigor y sin grandes pretensiones temas muy concretos; asuntos sobre los que luego se construyen esas grandes monografías. El libro que aquí se reseña responde a estas características.

Su autora, Olga Macías Muñoz, trabaja en la Universidad del País Vasco en un área docente que no es la que corresponde a su libro. Esto puede parecer una situación sobrevenida, pero quizás sea buena. La interdisciplinariedad es una asignatura pendiente en la Universidad española, y la aproximación de la doctora Macías desde el área de la enseñanza seguramente le proporcionará una visión distinta a la que tenemos otros colegas mejor «ubicados». Quizás por ello *La organización empresarial del sector ferroviario vasco* está escrito con un enfoque descriptivo y un lenguaje sencillo y correcto, sin apenas concesiones. En muchos sentidos parece un libro de consulta, un ladrillo que sirva a la construcción de otras monografías.

Según se indica en nota a pie de página, su base está formada por el capítulo 4 de la tesis doctoral defendida por su autora en la Universidad del País Vasco, dirigida por Manuel González Portilla, y titulada *Ferrocarriles y desarrollo económico en el País Vasco (1914-1936)*. Precisamente éste casi es el mismo título que el de la obra colectiva dirigida por González Portilla, *Ferrocarriles y desarrollo. 1856-1914*, en el que Macías tiene una notable participación. Así pues, en parte estamos ante una prolongación de aquel libro. Hay que advertir que el título escogido por la autora es bastante impreciso, pues el período de estudio desborda, hacia atrás, el que allí se indica. En fin, es una breve historia de la construcción y evolución del ferrocarril y las compañías ferroviarias vascas en tanto que existieron como tales; es decir, como empresas privadas.

El libro consta de dos partes tituladas «Los capitales movilizados por las construcciones ferroviarias» y «La concentración del sector ferroviario y su vinculación con otros sectores productivos». Las dos se articulan desde un enfoque geográfico: líneas de carácter general radial, líneas de carácter general interno y líneas comarcales. Aunque los nombres de compañías e inversores se repiten a lo largo del texto esta ordenación geográfica resulta bastante nítida. De esa misma estructura formal y de otros elementos del libro emerge una visión de la red ferroviaria del País Vasco como una subred. El centro industrial de Bilbao competía con la línea general de Vitoria a San Sebastián en la articulación de un espacio de por sí complejo. Ese diseño ferroviario se reforzaba por la red de ferrocarriles de vía estrecha, de capitales y funciones estrictamente autóctonos, que integraba el territorio y lo enlazaba con las provincias vecinas. Un asunto que la autora conoce bien tal y como ha probado en otras aportaciones.

La parte principal del trabajo de Olga Macías consiste en el estudio de esas líneas y de los inversores que participaron en su construcción, así como las relaciones que trabaron con otras empresas del sector y de otros sectores, tanto dentro como fuera del País Vasco. Los capitales vizcaínos surgidos de la siderurgia (pero

también de otros sectores, y también de la provincia de Guipúzcoa) participaron activamente en la gestación de proyectos industriales en sectores como el químico, el bancario y el minero; y, por supuesto, a menudo fueron los impulsores de proyectos ferroviarios. Alguno de ellos, como el Ferrocarril de La Robla, de notable ambición. Para el análisis de esas relaciones Macías se sirve prioritariamente del estudio de los consejos de administración de las compañías ferroviarias, una metodología que tiene una larga tradición en España. Baste recordar el que puede ser el primero de esos trabajos, el muy conocido *Los monopolios en España* de Ramón Tamames. Al fin, las compañías ferroviarias eran dos de las mayores empresas del país, y habían tejido una compleja maraña de intereses que tenían una nítida expresión en la composición de esos órganos.

Dentro de esta línea, quizás la mayor aportación del libro consista en la identificación de dos grupos de inversores. Por un lado están los que llegan al ferrocarril a través de otros negocios, como la siderurgia vizcaína o las nuevas industrias de la Segunda Revolución industrial. Para ellos el nuevo medio de transporte era un complemento importante de otras actividades, así como un instrumento de diversificación de riesgos. Por otro lado están los que vieron al ferrocarril como una inversión principal, atractiva por sí misma. Son ellos los protagonistas de la construcción del eje ferroviario Bilbao-San Sebastián. Sus vinculaciones con otros negocios son mucho más débiles.

Hasta aquí los méritos de esta pequeña obra de investigación. Veamos sus deméritos. El principal propósito del libro, la identificación de las relaciones societarias del capitalismo vasco, está cubierto; pero resulta insuficiente. Esta monografía deja muchas preguntas abiertas. Sin entrar en las derivaciones de tipo sociológico o biográfico, el texto no caracteriza el capitalismo vasco con relación a otros en España o Europa. Por otro lado, tampoco dice mucho sobre la capacidad efectiva de los industriales para ejercer un verdadero poder de mercado. Si, como demuestra la profesora Macías, hubo una creciente concentración industrial, sería interesante saber qué efectos tuvo sobre el proceso industrializador. Por supuesto, las críticas basadas en ausencias temáticas siempre son injustas. Este pequeño libro tiene los objetivos que tiene. Pero también es cierto que, por ejemplo, algunas omisiones bibliográficas son difícilmente justificables.

Por lo demás, también creo que la edición es muy mejorable; especialmente en cuanto a la representación de las tablas y el mapa. No exagero si digo que yo lo habría hecho mejor. La verdad es que esto no me ha sorprendido. Lo que ya sabía de esa editorial se corresponde bien con lo que luego he averiguado. Pero no diré más; sólo invito al lector a que haga sus propias averiguaciones. Ni qué decir tiene que la profesora Macías no es responsable de estos desafueros, y que el contenido, y no el continente, es lo que habla bien de ella.

En resumen, tenemos en las manos un digno trabajo de investigación. Sin duda, perfectible e incompleto, pero que satisface los objetivos para los que fue escrito. Lo que realmente me gustaría es que en un futuro trabajos como éste



sirvan de modelo para investigaciones de mayor ámbito territorial, que a su vez se empleen en la resolución de algunos intrigantes problemas de Historia empresarial, un campo de conocimiento en el que quedan muchas cosas por hacer en este país.

*Rafael Barquín*

MEDINA DOMÉNECH, Rosa María: *Ciencia y sabiduría del amor. Una historia cultural del franquismo (1940-1960)*, Iberoamericana Vervuert, Madrid, 2013, 276 pp.

El nuevo libro de Rosa M. Medina Doménech es una obra novedosa e inspiradora para la historia de género y para la historiografía contemporánea en general. Al elegir el amor como objeto de estudio, incorpora al análisis facetas de la realidad, de la vida, que comúnmente permanecen ajenas al quehacer de la historia. Más importante aún, su aproximación al mundo de los afectos es a la vez un desafío al concepto común de conocimiento. Tal y como anuncia en el título, el amor es comprendido socialmente desde distintas instancias, generando saberes bien distintos también: por un lado, el conocimiento experto, autorizado y dotado de prestigio que proviene de la ciencia; por otro, la sabiduría popular del amor tal y como fue concebido por sus protagonistas, sobre todo por las mujeres. Como señala la autora, el conocimiento sobre las emociones que nos sirve de guía en nuestra experiencia va más allá de los discursos expertos en una época y se produce colectivamente. La estructura del libro de Rosa M. Medina atiende precisamente a esta distinción entre saberes reconocidos y subalternos, haciendo convivir en sus páginas discursos y contradiscursos que estructuraron, desde el poder y frente a él, las experiencias amorosas en la España de los años cuarenta y cincuenta. El estudio parte así de la idea de que la disidencia y el inconformismo también existieron en el ámbito de la vida privada y sentimental durante los años más desesperanzados del franquismo.

Con un conocimiento encomiable de la evolución contemporánea de los discursos médicos y biológicos —la autora es, entre otras cosas, especialista en historia de la ciencia—, la primera parte del libro aborda el estudio de lo que ella denomina la «ciencia del amor». Durante años, el principal objetivo de los científicos dentro de su proyecto de elaboración de un conocimiento experto del amor fue situar el origen de los estímulos emocionales, precisar su corporalidad, es decir, vincular lo emocional a fragmentos del cuerpo humano, el cerebro, el corazón o determinados fluidos orgánicos como las hormonas. Si bien no es posible hablar de un discurso homogéneo en aquellos años cuarenta, estas teorías estaban a menudo impregnadas de una visión del amor romántico apoyada en una idea de

complementariedad jerárquica entre hombres y mujeres. De hecho, las mujeres eran percibidas frecuentemente en estos discursos como seres inferiores, desde actitudes abierta y radicalmente misóginas. Por otro lado, a la vez que potenciaban un mito de pareja ideal, los expertos en estas cuestiones reafirmaban el mandato materno y favorecían las políticas poblacionistas. En los años cincuenta, el esfuerzo de catolización y espiritualización del psicoanálisis se tradujo en terapias destinadas a imponer un modelo normativo de feminidad y un ideal amoroso acorde con ese modelo. La importancia del vínculo maternal en estas teorías psicoanalíticas no hizo sino reafirmar el papel tradicional de las mujeres en el plano sentimental y también social.

Los saberes autorizados, obra particularmente de médicos y psiquiatras portadores de la «verdad científica», crearon de este modo el telón de fondo normativo sobre el que las mujeres experimentarían sus relaciones personales. Pero la cultura amorosa de posguerra no estuvo constituida únicamente por esta ciencia de las relaciones afectivas. Existieron también lo que Rosa M. Medina expresivamente nombra como «yacimientos de conocimiento», lugares de producción de saberes alternativos, de resistencia, desde los cuales se planteaban visiones distintas de las relaciones de género en su faceta afectiva. La realidad pasada cobra así color aún en los contextos más sombríos. El ideal del amor romántico construido a partir de estrechos modelos de feminidad, de la mujer madre y esposa, resignada y sumisa, dependiente e incapaz, tuvo su contrapunto en formas alternativas de entender el afecto entre hombres y mujeres —el libro se circunscribe a las relaciones heterosexuales—. En la búsqueda de estos otros discursos, la segunda parte del libro está dedicada al pensamiento crítico de María Laffitte. La escritora sevillana desafió los discursos hegemónicos del régimen —no únicamente los de corte científico sino en general los difundidos por la Iglesia, las revistas femeninas o el NO-DO— con obras que sorprenden hoy en día por su audacia. Laffitte constituye, como señala la autora, un ejemplo de contestación y resistencia desde momentos tan difíciles como el de los años cuarenta. Su obra titulada *La secreta guerra de los sexos*, publicada en 1948, resulta paradigmática en este sentido. Rosa M. Medina analiza cómo Laffitte se enfrentó a las concepciones deterministas del sexo que naturalizaban una feminidad y una masculinidad pretendidamente contrapuestas e inevitablemente alejadas entre sí. Frente a un modelo jerárquico de pareja que estaba basado en una supuesta diferencia insalvable entre los sexos, Laffitte defendió un ideal de complementariedad a partir de una visión unificada de los seres humanos.

La tercera y última parte del libro ahonda en la dimensión social de la sexualidad, en las prácticas y dilemas que aparecen en las relaciones amorosas. Y lo hace a través del análisis de fuentes especialmente indicadas para tal fin: los consultorios sentimentales, vehículos de transmisión de los discursos prescriptivos pero también indicadores de las prácticas cotidianas de las mujeres; y las canciones populares, verdadero muestrario de dilemas y estrategias femeninas en

su vida amorosa. Los procesos de elección de pareja, los riesgos de la iniciativa en los rituales de enamoramiento, el desarrollo de nuevas expectativas en una incipiente sociedad de consumo o el arte del olvido son algunos de los aspectos analizados en este capítulo. Todas estas cuestiones son abordadas desde una concepción de las mujeres no como meras receptoras y víctimas de las imposiciones del poder, sino como sujetos capaces de actuar sobre la marcha de su propia vida afectiva. Estas mujeres retaron así de mil maneras los límites de la feminidad aceptable. Esta comprensión de los sujetos que actúan es, en mi opinión, una de las virtudes más destacadas del estudio. También lo es, como señalaba al comienzo, la importancia concedida a la idea de que la cultura afectiva y las visiones del amor en un determinado contexto histórico no están creadas únicamente por individuos en posiciones de poder, sino también por la gente común, con resultados complejos. Esta complejidad es analizada con destreza en las páginas de un libro, además, de fluida y agradable lectura.

Nerea Aresti

URIARTE, Eduardo: *Tiempo de canallas. La democracia ante el fin de ETA*, Ikusager, Vitoria, 2013, 389 pp. Prólogo de Jorge Martínez Reverte.

No resulta sencillo clasificar la obra *Tiempo de canallas*, ya que transita entre los géneros de las memorias, el ensayo político y la historiografía. También es problemático hacer lo propio con su autor, Eduardo Uriarte (*Teo*), dada su compleja biografía. Fue miembro de la dirección de ETA cuando esta adoptó el nacionalismo revolucionario (1967) y puso en marcha la espiral de acción-reacción-acción, asesinando al guardia civil José Antonio Pardines y al comisario Melitón Manzanas (1968). Su militancia le costó dos penas de muerte en el proceso de Burgos (1970), que finalmente fueron conmutadas por cadena perpetua en prisión. Compartió cárcel y extrañamiento (destierro al extranjero) con su amigo Mario Onaindia, junto a quien regresó a España tras las primeras elecciones democráticas (1977). A su vuelta, desde su posición en el Comité Ejecutivo de EIA y el grupo de *Euskadiko Ezkerra (EE)* en el Parlamento vasco, Uriarte jugó un papel destacado en procesos como la disolución de un sector de ETA político-militar (1982) y la evolución de los *euskadikos* desde el independentismo y el leninismo de sus orígenes al autonomismo y el socialismo democrático. En 1990, marcando el camino que tres años después iban a seguir una parte de sus compañeros con Onaindia a la cabeza, abandonó EE para unirse al PSE-PSOE, a cuyos usos, estructura y jerarquía el heterodoxo Uriarte nunca ha conseguido amoldarse.

Su condición de ilustre ex (consecutivamente exetarra, expreso, exparlamentario vasco, exconcejal y examenzado por ETA) aparece intermitentemente refle-

jada en las páginas de *Tiempo de canallas*, en las que no faltan las anécdotas personales. Pero lo cierto es que Uriarte ya ha descrito gran parte de su vida en sus memorias, complemento indispensable de las de Mario Onaindia y valiosa fuente de información para el estudio del pasado reciente del País Vasco (*Mirando atrás. Del proceso de Burgos a la amenaza permanente*, Ediciones B, Barcelona, 2005). Por añadidura, como demuestran obras de otros políticos retirados, especialmente expresidentes y *exlehendakaris*, una experiencia tan rica como la suya no garantiza la calidad de la información ni la agudeza de los análisis. El autor lo confiesa con su franqueza habitual: «El hecho de que yo estuviera dentro de ETA no me otorga ninguna capacidad especial para saber lo que pasó o lo que después ha ido pasando (...). Sé del problema vasco por lo que ido mirando, leído y reflexionando, no por haber estado allí, aunque alguna ventaja resulte de ello» (p. 48).

El mayor incentivo para sumergirse en *Tiempo de canallas* es que Uriarte, aparte de la de ex, aúna otras dos categorías. Por un lado, ha desarrollado un notable trabajo intelectual como historiador de las guerras carlistas, doctor en periodismo, conferenciante y articulista. Por otro lado, ha colaborado activamente en el movimiento cívico a favor de la democracia y contra el terrorismo en una etapa especialmente dura, la de finales de los noventa y la primera década del siglo XXI. En su condición de director gerente de la Fundación para la Libertad, además, ha participado en distintos foros, se ha adentrado en los entresijos de la ONU y ha mantenido encuentros con autoridades de diferentes países, como Estados Unidos y Sudáfrica, todo lo cual le ha permitido conocer de primera mano la opinión internacional sobre ETA, muy distorsionada por la propaganda del nacionalismo radical y, en menor medida, del nacionalismo moderado. *Tiempo de canallas*, es la síntesis de su experiencia vital, sus lecturas, su tesis doctoral (*El tratamiento periodístico sobre ETA desde 1964 a 1975*, UPV-EHU, tesis doctoral inédita, 1997) y su reflexión personal. Casi nada.

Otro de los atractivos del presente libro es que huye del sectarismo tan habitual en los ensayos sobre ETA. Al contrario, esta es una de las rarísimas ocasiones en las que un autor carga las tintas contra los «suyos» más que contra los «otros». A pesar de continuar afiliado al PSOE, Uriarte valora muy negativamente la política antiterrorista de los sucesivos gobiernos socialistas, sus relaciones con los nacionalismos periféricos y sus rupturas con el PP en momentos en los que hubiera sido preferible mostrar un frente común ante la banda. Así, en *Tiempo de canallas* salen muy mal paradas cabezas visibles del PSOE como el expresidente del Gobierno José Luis Rodríguez Zapatero, descrito como un ingenuo sin memoria, y el presidente del PSE-EE Jesús Eguiguren, tachado de temerario.

Uriarte se ha ganado unos cuantos adversarios en el seno de su partido, mas los socialistas no son, en absoluto, los únicos a quienes pone en la picota en *Tiempo de canallas*, ya que el autor critica globalmente la política antiterrorista de la dictadura y de casi todos los gobiernos de la democracia parlamentaria. La tesis de esta poco complaciente y políticamente incorrecta obra puede sintetizarse

en pocas palabras: «El primer instrumento de legitimación de ETA ha sido el Estado español» (p. 181). «En gran medida, ETA ha sido consecuencia de lo que sus adversarios han hecho frente a ella (...). ETA ha sobrevivido en gran parte gracias a los errores de los que detentan el poder, el político y el mediático» (p. 48).

A decir de Uriarte, los yerros comenzaron cuando el sector más reaccionario e inmovilista del franquismo, buscando construir un enemigo lo suficientemente peligroso como para que despertase la alarma social y justificase la supervivencia del régimen, orquestó fantásticas campañas de prensa sobre la banda que devinieron en propaganda gratuita para el nacionalismo radical, cuya popularidad no hizo sino crecer. La ayuda inconsciente de los periódicos del Movimiento confirió a ETA un crucial protagonismo mediático del que hasta entonces había carecido.

La democracia parlamentaria no lo habría hecho mucho mejor. Entre sus equivocaciones se mencionan la desunión de los partidos demócratas, la errática política exterior de los sucesivos gobiernos, manifiestamente incapaz de contrarrestar la propaganda internacional de la autodenominada «izquierda abertzale», o los GAL, que no solo fueron un crimen, sino también un gravísimo error político.

*Tiempo de canallas* incide fundamentalmente en las dos (malogradas) negociaciones que los Gobiernos del PSOE han entablado con la organización terrorista. Primero, las del gabinete de Felipe González en Argelia (1987-1989) en las que, al «aceptar un debate político con los representantes de ETA introdujo a esta en el espacio político, convirtiéndola en un referente con el que relacionarse, pues ya lo había hecho el propio Estado» (p. 210). Para Uriarte, «en Argelia el Estado pasa el Rubicón tratando temas políticos con ETA», lo que a partir de entonces facilitó poner «en entredicho el marco democrático» (p. 220). Segundo, las negociaciones del Gobierno de José Luis Rodríguez Zapatero en 2006 y 2007, que mostraron, según Uriarte, que el PSOE no había aprendido nada de sus fracasos anteriores, rompieron el Pacto por las Libertades y Contra el Terrorismo que había firmado con el PP y en las que, además, se ofrecieron a ETA «concesiones (...) fuera del cauce legal (...) por el hecho de haber ejercido una violencia» (p. 246). A decir de Uriarte, «habían conseguido, realmente, darle la razón a ETA entrando en su perversa lógica. Lo ofrecido era excesivo. Y, sin embargo, ETA no lo aceptó» (p. 247).

La polémica está servida. No es de extrañar que las ideas de Uriarte hayan resultado, como poco, incómodas. El escritor Jorge Martínez Reverte cuenta en el prólogo que la editorial catalana que había encargado *Tiempo de canallas* se negó luego a publicarlo porque podía «molestar». No queda muy claro a quién, pero, desde luego, no faltan candidatos. Precisamente tal tentativa de censura es otra de las muchas razones que invitan a la lectura del libro de Uriarte. Algo tendrá.

Ahora bien, también se echan en falta algunas cosas. Como poco, mayor atención a la Transición democrática, los GAL y la presidencia de José Ma-

ría Aznar. Aunque se nombran, estos temas son ventilados demasiado rápidamente cuando hubieran merecido cada uno de ellos un capítulo específico como mínimo. Pese a tal carencia y a que algunas de sus ideas son discutibles (¿cómo no, tratándose de un ensayo?), hay que remarcar que *Tiempo de canales* es un libro bien escrito y argumentado, con abundancia de citas, original, poco complaciente, políticamente incorrecto y, sobre todo, controvertido. Merece la pena.

*Gaizka Fernández Soldevilla*